

CRISTIANIDAD

SUGIRIENDO UNA REFLEXION SOBRE EL PORVENIR
DE LA «CIVILIZACION CRISTIANA»

A LOS CINCO SIGLOS
DE LA TOMA DE CONSTANTINOPLA
POR LOS TURCOS

«¡ANTES MAHOMA QUE EL PAPA!»

El desenlace de un drama histórico de mil años...
...hace ver la impotencia de «un cristianismo sin
Catolicismo» para salvar la vida de las naciones

BARCELONA
Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD

MADRID
Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 23 62 06

REVISTA QUINCENAL

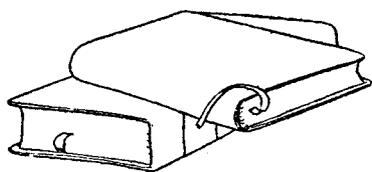
Precio de suscripción . . . 150 pesetas

Precios de suscripción conjunta

A CRISTIANDAD y MOMENTO (Semanaario gráfico) . 315 pesetas

A CRISTIANDAD, MOMENTO y LA FAMILIA. . . 350 pesetas

EN LAS VACACIONES



Elige para tu lectura un libro de las «Publicaciones CRISTIANDAD».

Colecciona y ordena tus revistas y separatas de «Documentos Pontificios». Para su encuadernación telefnea al n.º 22 24 46. Administración de CRISTIANDAD.

Adquiere y difunde alguna de nuestras obras para hacer con ello labor de apostolado.

Cuando quiera saber el desarrollo de las actividades católicas en Barcelona.

Cuando necesite información católica sobre la vida católica ciudadana.

Cuando dude Ud. de la conformidad de los actos que se celebran con el criterio de la Iglesia.



NO DUDE: SUSCRIBASE O ADQUIERA

"GUIA DEL CATOLICO"

Número suelto UNA pta.

Lauria, 19, 1.º, 1.ª

24 ptas. anuales Colaborador
48 » » Protector

«EL CATOLICO PARA EL CATOLICO Y AMAR AL PROJIMO»

Convierte tu vida de negocios en labor de Apostolado Social

Precio de este ejemplar: 12 ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

EDITORIAL:

En el V Centenario de la caída de Constantinopla, por F. C. (págs. 277 y 278).

PLURA UT UNUM:

Constantinopla: Panorama histórico: El drama de mil años, por Angel-Juan Martín Duque (págs. 280 a 286).

La caída de Constantinopla, por María Asunción López (págs. 287 a 289).

El Occidente ante la caída de Constantinopla, por Pablo López Castellote (págs. 290 a 294).

DE ACTUALIDAD

Crónica religiosa mensual, por Himmanu-Hel (295 a 297).

Crónica política del mes, por Shehar Yashub (297 a 300).

ANEXOS

Discurso de S. S. al grupo del Movimiento Doctorados de Acción Católica de Roma. - Discurso del Papa al grupo de Sacerdotes adoradores y de los Agregados a la Archicofradía de la Adoración nocturna al Santísimo Sacramento, en previsión de su próxima Asamblea. - Discurso del Padre Santo a un grupo de fieles de la parroquia de Marsciano (Perusa). - Alocución de Su Santidad el Papa a 1.600 feligreses de la Parroquia de San Miguel Arcángel de Pietralata, en Roma. - Alocución del Papa a un nutrido grupo de profesores y seglares y a los encargados de los cursos de tarde en escuelas y parvularios y de los cursos profesionales organizados por el municipio de Roma en 1952-53.



En el V Centenario de la caída de Constantinopla

A propósito de una cita de Balmes

Leemos en "El Protestantismo comparado con el Catolicismo":

"Es un hecho ya generalmente reconocido y paladinamente confesado que el Cristianismo ha ejercido muy poderosa y saludable influencia en el desarrollo de la civilización europea; pero a este hecho no se le da todavía por algunos la importancia que merece, a causa de no ser bastante bien apreciado. Con respecto a la civilización, distínguese a veces el influjo del Catolicismo. ponderando las excelencias de aquél y escaseando los encomios a éste...

"Si no se tenía gana de profundizar las íntimas relaciones del Catolicismo con la civilización europea..., al menos parecía del caso dar una mirada al estado de los países donde en siglos trabajosos no ejerció la Religión católica todo su influjo, y compararlos con aquellos otros en que fué el principio dominante. El Oriente y el Occidente, ambos sujetos a grandes trastornos, ambos profesando el Cristianismo, pero de manera que el principio católico se halló débil y vacilante allí, mientras estuvo robusto y profundamente arraigado entre los occidentales, hubiera ofrecido dos puntos de comparación muy a propósito para estimar lo que vale el Cristianismo sin el Catolicismo cuando se trata de salvar la civilización y la existencia de las naciones.

"En Occidente los trastornos fueron repetidos y espantosos, el caos llegó a su complemento, y, sin embargo, del caos ha brotado la luz y la vida. Ni la barbarie de los pueblos que inundaron estas regiones y que adquirieron en ellas asiento, ni las furiosas acometidas del islamismo bastaron para que se ahogase el germen de una civilización rica y fecunda: En Oriente todo iba envejeciendo y caducando, nada se remozaba, y a los embates del ariete que nada había podido contra nosotros todo cayó." (Tomo I, cap. 13.)

Hemos tomado esta cita de Balmes como introducción al presente número de CRISTIANDAD en primer lugar porque estamos convencidos que en ella se contiene el mejor comentario y se sugiere el más adecuado punto de vista para comprender el sentido de aquel drama histórico de mil años que tuvo su epílogo en 1453 y que el lector hallará descrito y analizado en las páginas de este número.

También por otra razón nos ha parecido conveniente encabezar el artículo con el texto del insigne apologista. Hemos creído que la lectura del juicio expresado en ellas y de las reflexiones que en él sugiere, Balmes podía darnos ocasión tal vez oportuna para sugerir algo así como un examen de conciencia sobre algo sumamente grave que nos parece está ocurriendo entre nosotros.

EDITORIAL

El hecho a que aludimos es éste: de día en día se extiende y ejerce más profunda influencia cierto ambiente o tendencia que podremos, mejor que definir, sugerir por un síntoma o manifestación del mismo que el lector podrá comprobar tal vez dentro de sí.

Este síntoma consiste en la reacción de desagrado y aun de repugnancia y desde luego de desconfiada incredulidad que provoca en muchos la lectura de uno de estos textos apologéticos tales como el que acabamos de citar; tememos que sea revelador de una enfermedad tal vez gravísima en muchos casos. A pesar de que — quizá sea esto lo peor — parece a bastantes signo de “rejuvenecimiento” espiritual, de una depuración fecunda que podría contribuir a “poner al día” la mentalidad del catolicismo español, etc.

Antes de intentar juzgar acerca de la naturaleza misma de este hecho profundo y complejo, reflexionemos algo sobre aquella desfavorable reacción “antiapologética” que ha contribuido ya poderosamente a que los grandes escritores de la Contrarrevolución española sean menos leídos y estudiados de lo que conviniera.

Muchos elementos parecen integrar aquella actitud casi instintiva de desagrado; podríamos señalar algunos: prescindiendo de la apreciación literaria, en algunos casos implacablemente peyorativa y refiriéndonos a lo que concierne al fondo de sus ideas, hallaremos de un modo general — no nos referimos a lo que se piensa concretamente sobre Balmes con quien a veces se adopta una actitud más benévola —, se habla de exageraciones jereemiacas, de un tono elegíaco o amargado. No hay que decir que desde luego se juzga casi “a priori”, y aun sin leerles siquiera con atención, que sus juicios y apreciaciones adolecen de apasionamiento, de insinceridad y de perspectiva unitaleral.

Pero si después de analizar estas reacciones las consideramos en su conjunto, nos encontraremos con algo muy concreto y simple: de lo que se acusa en realidad a estos grandes escritores contrarrevolucionarios, es sencillamente de su actitud e intento apologético. Alguien ha sintetizado y expresado esta actitud desdeñosa que no se puede ya disimular en el rotundo juicio: “la era de los apologistas ha terminado”.

* * *

No nos sentimos autorizados — ni es este lugar oportuno — para entrar a fondo en el estudio de la grave cuestión que esta afirmación plantea. Tampoco quisiéramos echar a perder con frases precipitadas un tema de tan seria importancia.

Recordemos, sin embargo, incidentalmente, que la tarea de la apologética será adecuada de suyo en todo cuanto se refiera de algún modo a confirmar el hecho de la revelación, y será necesaria, y urgente incluso, en todo aquello en que la fe sea atacada y deba ser defendida. Ahora bien,

se ha notado a veces que la apologética de tipo social o histórico, característica de los escritores posteriores a la Revolución francesa, viene a encontrar implícitamente afirmada su legitimidad al decir el Concilio Vaticano: “La Iglesia, por sí misma, por su admirable propagación y su eminente santidad, “por su inagotable fecundidad en toda clase de bienes”, es un grande y poderoso motivo de credibilidad.”

Por lo demás, para que este género de apologética hubiese perdido ya hoy su razón de ser, parece que sería necesario suponer que no se da ya lucha contra la credibilidad de la fe católica en el terreno de las cuestiones sociales y políticas, y en la apreciación y juicio acerca de los hechos culturales y de la fecundidad “creadora” de tal o cual “concepción del mundo”. No nos parece que esto pueda sostenerse a no ser que nos empeñásemos en desconocer — habituando a él nuestros pulmones — el ambiente en que respiramos.

Convendrá que definamos ahora aquel hecho más íntimo, del que decíamos que es síntoma esta actitud de desdén hacia los apologistas. Nos parece que consiste, en muchos casos, en una debilitación del espíritu de fe en todo cuanto dice relación a la vida social y a la interpretación de la historia.

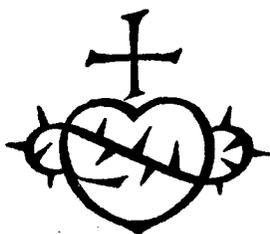
Hemos dicho que cualquier juicio formulado por algún historiador “apologista” es recibido con la sospecha de falta de objetividad en la valoración de los hechos y en la investigación de sus causas; ahora bien, lo que en el fondo se rehusa a admitir es la importancia fundamental que ellos atribuyen al factor religioso en la vida de las sociedades, la afirmación práctica y decidida de la libertad y del mérito y culpabilidad de los actos humanos, la atribución de sus efectos propios a las actitudes colectivas perversas y pecaminosas.

Todo esto no encaja dentro de la visión de la historia que a veces, inconscientemente, nos hemos venido formando. Una concepción que se niega, desde luego, a tener en cuenta la existencia y la actuación del orden sobrenatural en la vida de las generaciones humanas y a tener en cuenta, por lo tanto, la luz verdadera de la revelación; por lo demás esta implícita actitud negativa se extiende prácticamente a las mismas verdades naturalmente cognoscibles: en esta concepción de la historia resulta inoperante la acción de la Providencia e inexistente la libertad y la responsabilidad del hombre.

La pretendida actitud antiapologética conduce mucho más allá de lo que aparenta. Con el pretexto de ponernos en guardia contra la tan temida “insinceridad” y “partidismo” de los apologistas, nos vamos acostumbrando a admitir aquellos puntos de vista cuyo núcleo profundo señalaba aquel imaginario Papa Celestino VI al dirigirse a los modernos historiadores:

“Habéis arrojado a Dios de la Historia y por esto no podéis comprender la historia del hombre.”

F. C.



«Adveniat Regnum Tuum»

AGOSTO

Que la vida conyugal se ajuste a la ley de Dios

La dignidad y santidad del matrimonio cristiano. — El sacramento del matrimonio consagra y fortalece a los cónyuges para que cumplan digna y ordenadamente su misión. Los cónyuges están destinados a engendrar hijos para la Iglesia de Cristo, a procrear conciudadanos de los Santos y domésticos de Dios (Ef. 2, 19), para que de día en día vaya creciendo el pueblo adicto al culto de nuestro Salvador.

Recto orden de los fines y valores del matrimonio. — El fin primario al que se ordena el matrimonio es la generación y educación de la prole. Este fin da a la vida conyugal un sentido sublime. Pero hay también otros fines secundarios, que son: el remedio de la concupiscencia, el mutuo amor o mutua entrega y unión afectiva. También estos fines, a los que hoy se da el nombre de valores personales, son honestos y de mucha importancia, pero están esencialmente subordinados al fin primario y no son independientes de él ni tan principales. Esto enseña la Iglesia claramente contra los que inculcan demasiado los valores personales del matrimonio (S. Oficio, 1-IV-1944).

Guárdese la dignidad del matrimonio. — Los cónyuges, en el lícito uso de su derecho, deben evitar el desenfreno, manteniéndose dentro de los límites de la templanza y dignidad.

Es preciso rechazar el creciente hedonismo sexual que con exagerada pasión busca sólo el deleite y lo exalta en una apoteosis indigna del cristiano. Porque el deleite no es fin, sino instrumento para engendrar nuevas vidas.

Guarden, pues, los esposos la debida moderación y a veces la abstinencia por motivos de mortificación, penitencia y reparación al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Espíritu y «servicio» de maternidad. — Para que nazca una nueva vida, Dios llama como en su auxilio a los cónyuges a fin de que ellos pongan de su parte lo que se necesita poner por parte de la criatura, y así el Creador y la naturaleza completen la obra. Por lo tanto, los cónyuges

tienen el deber de no corromper su parte, ni impedir ni destruir la acción de la naturaleza. Por eso prohíbe la ley divina:

el abuso del matrimonio u onanismo conyugal;
la esterilización, tanto en el hombre como en la mujer.

Sobre la licitud de guardar «el tiempo agénésico», Pío XIII enseña lo siguiente:

a) los cónyuges que usan de su derecho aun en los días agénésicos no obran contra la naturaleza;

b) los cónyuges que usan de su derecho sólo en los días agénésicos: si uno de ellos en los días de fertilidad pide el débito a su consorte y éste se lo niega, peca;

si obran así por inconveniente grave proveniente de recomendación médica, eugénica, económica y social, no pecan; pero si faltan motivos proporcionalmente graves, entonces este modo de obrar no está libre de pecado y a veces grave. Los cónyuges tengan siempre presente que el fin primario del matrimonio es la procreación.

Cuando se debe evitar en absoluto la preñez y no se encuentre medios lícitos de evitarla, no se puede apelar a medios inmorales, sino que es preciso abstenerse de usar el derecho conyugal. «Dios te amonesta que hagas lo que puedes, pidas lo que no puedes, y te ayuda para que puedas.»

La vida del niño en el seno materno es inviolable y de gran valor. — Los padres conozcan, aprecien, cuiden y fomenten el valor de la nueva vida que Dios les encomienda y pónganse a su servicio recordando lo que les dicta la sana razón y el mismo Dios acerca de los hijos: los hijos son un don de Dios y un premio del justo; la negación de hijos es una represalia y pena impuesta por Dios.

La madre sienta la dignidad, hermosura y excelencia de la prole que engendra, forma y vive en su seno, y de ella nace y se alimenta... El padre considere a su mujer como la madre de sus hijos. Así los cónyuges pensarán y obrarán con más facilidad conforme a la ley de Cristo, con lo cual alcanzarán la verdadera felicidad y paz para sí mismos y para su familia.

« Para los intelectuales y dirigentes católicos, es hoy una verdadera necesidad conocer bien este mundo de las verdades permanentemente válidas y eternas, y poseerlas cada vez más profundamente, como también la entera riqueza de nuestra fe. »

Discurso de Su Santidad al grupo del movimiento Doctorados de Acción Católica de Roma.

Constantinopla: Panorama histórico

EL DRAMA DE MIL AÑOS

«... Hay otro género de sacrilegio que la Divina Providencia no permite que quede sin castigo, y que para los que investigan diligentemente no puede ser otra cosa que el cisma...»

(De una carta del Papa Nicolás V al último emperador de Constantinopla)

1. LA ATRACCION DEL ORIENTE

EL once de mayo del año 330 iniciaba solemnemente su existencia oficial la «nueva Roma», es decir, la nueva capital del Imperio Romano, erigida en el breve plazo de cuatro años sobre el solar de la antigua ciudad griega de Bizancio, por iniciativa personal del Emperador, que quiso también dedicarle su propio nombre: Constantino-polis, o Constantinopla, la ciudad de Constantino.

Así nacía el «mundo bizantino», amalgama múltiple de civilizaciones. Quedaba al fin realizado el viejo sueño de muchos soberanos romanos, incluso — se dice — de Julio César ya y de Augusto, atraídos por el Oriente, donde por otra parte radicaban las provincias del Imperio más densamente pobladas y con mayor intensidad de vida intelectual, económica, etc. Ellas poseían más que las otras el legado de la cultura helenística, añadida la concepción autocrática del gobierno del Estado, característica de los países del Oriente Antiguo.

Todo esto, más la conciencia de ser constituida como cabeza política del mundo mediterráneo, debió contribuir sin duda a que se formase en la joven Constantinopla — concebida y nacida para «capital», con ingente y quizá artificiosa estructuración burocrática, y en la que se quiso imprimir desde sus cimientos un barniz netamente cristiano — aquella mentalidad compleja, de reacciones contradictorias, y que para nosotros consistió en síntesis en dos graves tentaciones colectivas de la metrópoli y su órbita más o menos amplia según los tiempos: la de un césaropapismo absoluto, tendiendo siempre a implicar bajo la bandera del interés político del momento los intereses sagrados y eternos de la Iglesia y de las almas; y la de una soberbia teológico-intelectual jamás desmentida,

capaz de un menosprecio creciente de la «vieja Roma» y su Obispo, Piedra indefectible de la única Iglesia católica y también, por eso mismo, Romana.

Dos grandes tentaciones satánicas — ¿por qué no? — a las que NO QUISIERON escapar la mayor parte de los monarcas y — según las épocas, mas siempre en aumento — el clero mismo de Bizancio, los patriarcas, el pueblo bautizado. Hablamos en síntesis, de la atmósfera ambiente en general, a salvo de mil casos particulares. Y en esto creemos que consiste el nudo del drama multitudinario cuyo desenlace trágico fué la «Caída de Constantinopla», una terrible humillación colectiva de las que Dios, informando el ritmo de la Historia, decreta y permite como consecuencia y CASTIGO del orgullo, del engreimiento farisaico y de la rebeldía culpable de las sociedades humanas.

Moribundo ya el Imperio bizantino, en víspera de su aniquilamiento, el Papa Nicolás V, dirigiéndose al agobiado monarca de Constantinopla que había implorado su socorro, le escribía con acentos de padre dolorido, y le enseñaba a llegar hasta el fondo de los acontecimientos históricos y deducir las motivaciones que siempre escaparán a la mirada de quienes contemplan la Historia a través del prisma de un pretendido razonamiento estricto y de las leyes puramente naturales.

Así pues, de modo rápido, con una selección muy ceñida de los jalones más típicos para nuestro intento, consideraremos diversas etapas de la vida del Imperio de Oriente, procurando hacer visible la misión que pudo incumbirle en el ámbito de la Cristiandad de aquellos siglos, IV al XV, lo que efectivamente realizó, y las causas de su desfallecimiento y de su muerte.

2. «TODO ESTA LLENO DE GENTES QUE DISCUTEN»

AUNQUE surgido y anatematizado antes de la fundación de Constantinopla, el arrianismo penetra en seguida en la urbe, cuyos ciudadanos parecen desde un principio especialmente «dotados» para la polemización dogmática: con el tiempo hasta los bandos antagónicos de espectadores de los juegos del Circo simbolizarán sobre todo, además de partidos políticos rivales, los campos opuestos en las controversias teológicas. Una sociedad engreída, frívola, caprichosa y apasionada, que pretenderá dictar las normas del

espíritu y de la fe, junto con las de la etiqueta palaciega, los estilos artísticos y las modas del vestido.

Los arrianos «concedían» a Jesucristo dones altísimos, pero le negaron lo esencial: su Divinidad. Incluso un emperador, Valente, profesa la herejía: pero muere derrotado por los godos (378), y con él no sucumbe la mitad oriental del Imperio Romano porque el occidental e hispano Teodosio logra moderar a los bárbaros; al mismo tiempo se esfuerza por restablecer la ortodoxia cristiana.

En el Concilio de Constantinopla del 381, segundo ecuménico, queda declarada la Divinidad del Espíritu Santo — inadmisibles ésta para los herejes macedonianos —; con tal ocasión sin embargo, se manifiesta ya la ambición de los constantinopolitanos, huéspedes de la asamblea de prelados, y logran aquéllos que se incluya entre los cánones conciliares uno — el tercero — que otorgue a su obispo la preeminencia de honor sobre los demás obispos después del obispo de Roma, puesto que, razonaban, «Constantinopla es la nueva Roma».

Esa usurpación no fué sancionada por el Papa (1), así como tampoco el famoso canon 28 del Concilio de Calcedonia (451), de mayores ínfulas aun, repudiado con vigor por el Sumo Pontífice San León Magno (2). Si por su condición de capital del Imperio de Oriente, su obispo debía estar sobre todos los prelados orientales; cuando desapareció el Imperio de Occidente y el Bizantino pasó a ser teóricamente el único Imperio Romano, también encontrarían lógico — y así fué a la larga — que la sede de su capital no debiese admitir la primacía de Roma. Advirtamos cómo se van interfiriendo la consideración de índole política y cierta conciencia de

(1) Los Papas Virgilio, Pelagio II y Gregorio el Grande sólo aceptaron los cánones dogmáticos: V. SAN GREGORIO, EL GRANDE. *Epist.* 1, 7, ep. 34; en MIGNE, P. L., T. 77, c. 893.

(2) Sobre este Papa trató «CRISTIANDAD» en el número 218, de 15 abril 1953, p. 153 ss.





farisaica superioridad en el terreno del espíritu. Y de esta confusión no supo desprenderse jamás, salvo santísimas excepciones, la sociedad bizantina.

De la enorme efervescencia teológico-dialéctica de Constantinopla por aquellos siglos iv y v, nos darán idea las palabras de un contemporáneo: se lamenta San Gregorio de Nisa de que «todo está lleno de gentes que discuten cuestiones ininteligibles, todo: las calles, los mercados, las encrucijadas... Si se pregunta cuántos óbolos hay que pagar, se os contesta filosofando sobre lo creado y

lo increado. Se quiere saber el precio del pan y se os responde que el Padre es más grande que el Hijo. Se pregunta a alguno por su baño y se os replica que el Hijo ha sido creado de la nada» (3). Esto supone sin duda que existía un clima colectivo de intensa vida cristiana, mas no sentida honda y sosegadamente, con abundantes desviaciones que no se conciben sin unos elementos dirigentes RESPONSABLES de autosuficiencia y caídos en un evidente libre examen de los dogmas cristianos, con todas sus consecuencias.

3. UNA RESTAURACION ANACRONICA FRACASADA

EL Imperio Romano de Occidente desapareció diluido entre godos, vándalos, francos, hérulos, burgundios (siglo v), pero subsiste el otro Imperio Romano, el de Constantinopla, que ha sabido eludir el turbión de las invasiones desviándolas hábilmente hacia las tierras de Poniente. En cuanto ocupa el trono un individuo consecuente y enérgico cual Justiniano (527), la «nueva Roma» plantea la reivindicación de todos los países del Mediterráneo, incluida la herencia fragmentada de la Roma antigua.

«Un Estado, una Ley, un Imperio» es la divisa de Justiniano: quiere restaurar en todo su vigor el espíritu romano, su derecho, sus fronteras; es un autócrata, pero reconoce que el Papa es «la cabeza de todas las iglesias cristianas» — «caput omnium sacrarum ecclesiarum» —, aunque posponiéndole inmediatamente el Arzobispo de Constantinopla como superior a todos los demás obispos.

Justiniano casi coronó la gran empresa «romanista»: su base especulativa rebrotará varios siglos después en la escuela jurídica de Bolonia y matizará de césaropapismo los ideales políticos de los emperadores romano-germánicos desde Federico Bar-

barroja (4). Pero la reconstrucción político-territorial de la «Romanidad» conseguida por Justiniano, además de incompleta, era sumamente precaria por sus bases de mera ocupación militar y reestructuración burocrática; y no hubiera podido nunca imponerse a las nuevas soberanías que habían cuajado en Europa occidental por la vitalidad de unos pueblos rejuvenecidos en su sangre y en sus instituciones, con una fe reciente, pura y ardorosa. Era éste un mundo muy distinto en germen, el que luego fructificó aquel maravilloso organismo, la Europa medieval, donde, armonizada la unidad con la variedad, todas las peculiaridades económicas, sociales, políticas, raciales, lingüísticas... convergían a perfección en un estadio espiritual supremo, común y substancial de todas las naciones: la Cristiandad.

Justiniano provocó con sus sueños el caos económico; y quizá con estos sueños y esta ruina nutrió e incrementó la turbulencia y el orgullo del pueblo de Constantinopla: la fase siguiente es una de las más desoladoras del Imperio bizantino, dentro y fuera de sus fronteras.

4. UNA TRANSACCION QUE NO ARREGLA NADA

UNA capital bajo la anarquía, los ávaros hostigando por los Balcanes e introduciendo consigo a los primeros eslavos, los persas devorando las provincias asiáticas: esta situación es la que afrontó con energía Heraclio, llamado al trono para salvar al Imperio (610). Y llegó a superar la crisis tremenda: su reconquista de Jerusalén podría llamarse en cierto modo la «primera cruzada».

Fracasó, no obstante, frente al problema religioso del interior; lo complicó aún más y enconó la controversias. Quiso poner de acuerdo a eutiquianos y calcedonios — es decir, a herejes y cris-

tianos ortodoxos (5) — a cambio de mutuas concesiones, especulando con la verdad por la mira política de no enajenarse la adhesión de Siria, Palestina, Egipto, provincias de monofisismo predominante.

(3) SAN GREGORIO DE NISA, *Oratio de Deitate Filii et Spiritus Sancti*, en MIGNE, P. G. t. 46, c. 557.

(4) V. «CRISTIANDAD», número 205 de 1.º de agosto de 1952, página 337 ss.

(5) Aunque sobradamente conocidas, recordaremos en esquema las here-

Con un simple decreto — su «Ecthesis» — aspiró a definir un dogma y unificar las conciencias. Su fórmula de transacción — que admitía con los calcedonios las dos naturalezas en Jesucristo, sólo que con una sola voluntad para contentar a los eutiquianos — no consiguió más que inventar en la misma Corte la nueva herejía del monotelismo, escindiendo con ello a los ortodoxos, sin tampoco ganarse a sirios y egipcios monofisitas, los cuales por otra parte bajo sus diferencias de dogma tal vez escondían ciertos resentimientos por las ambiciones jurisdiccionales de la Sede de Constantinopla: y encontraron a continuación unos nuevos señores, los árabes, que a cambio de un tributo les permitían toda libertad de religión.

5. EL IMPERIO DE ORIENTE ACENTUA SU «ORIENTALISMO»

SIGUE una crisis dramática de sediciones, y asesinato y cambio de emperadores. Los constantes peligros exteriores, los árabes sobre todo y también ya el naciente poderío de los búlgaros eslavizados, agudizan hasta el frenesí la volubilidad y apasionamiento de los constantinopolitanos; de otro lado, la autoridad atribuida a los jefes de los cuerpos de ejército en la gobernación de las provincias del Imperio degenera pronto en frecuentes pronunciamientos militares.

Con el nuevo asedio de Constantinopla del 717, pareció que ahora nada podría ya salvarla de los árabes. El «fuego griego» otra vez, y particularmente el empuje y habilidad de León Isáurico, general usurpador de la corona y que inaugura la dinastía isáurica o siria, ahuyentaron a los sitiadores y dieron nuevos alientos a la ciudad y al Imperio.

No es raro, pues, que en la mente de los constantinopolitanos fuese dibujándose la idea de que siempre habían de salir adelante por apuradas que parecieran las circunstancias. Ella contribuiría a afirmar su vana frivolidad, el formalista y superficial enfoque de todos sus problemas; un optimismo fácil cuadraría muy bien con el orgulloso concepto que de sí mismo habían formado, como de casta especialmente señalada por la Providencia para irradiar a todo el mundo «su» cristianismo y su cultura: «baluarte de la Europa cristiana», «ciudad protegida de Dios», se proclamaban en la euforia del riesgo vencido.

Y si bien es cierto que en el Este de Europa representaron de algún modo, durante la Edad Media, acaso lo que Carlos Martel primero y luego los españoles de la Reconquista, en la defensa de la Cristiandad europea contra los mahometanos; no es menos cierto que los bizantinos desde el principio minimizaron la magnitud de la empresa, reduciéndola a una serie de luchas exclusivamente alentadas por el mantenimiento de su propio y exagerado prestigio, sus posiciones económicas o la vida próspera de sus ciu-

dadanos. Faltó en todo tiempo un auténtico espíritu de Cruzada, sobrenaturalmente nutrido y en comunidad de ideales con toda la Cristiandad.

El aludido monarca, León III Isáurico, era nativo de las provincias asiáticas, donde en contacto con judíos y musulmanes aprendería a odiar la representación sensible de los misterios divinos, o sea las imágenes sagradas. Además su mentalidad política era totalmente despótica: «yo soy emperador y sacerdote», escribió al Papa Gregorio II; y consecuente con esto comenzó a rehacer la autoridad de la corona, subordinando a ella toda otra consideración. Para reponer la maltrecha economía del Estado dispuso la secularización de bienes eclesiásticos, medida que pudo estar relacionada con el decreto prohibitorio del culto de las imágenes que planteó el difícil problema iconoclasta.

Ese decreto levantó, como es natural, las protestas del clero, de los monjes, del pueblo sencillo. El emperador replicó con la destitución del patriarca y el nombramiento de otro que ratificase su conducta. Casi un siglo estuvo Bizancio más o menos alejado de la Iglesia, cimentándose entonces el cisma definitivo de lo por venir. Justo es recordar el cristianismo heroico de muchos monjes, sacerdotes y ciudadanos de Constantinopla: hubo mártires, cuya riqueza de sacrificio, dilapidada por su descendencia, recarga el patetismo de la tragedia de Bizancio. Otros, que tampoco quisieron tolerar la herejía «oficial», prefirieron emigrar a Italia sobre todo, provincia todavía del Imperio, pero que desatendida por éste en el trance de la invasión de los lombardos, sólo en los reyes francos encontró la tutela armada necesaria. Italia, equidistante de ambos mundos: el oriental y el occidental de Europa, quedó así dentro del radio del nuevo imperio que con fundamentos netamente cristianos, se erguía ya sobre los despojos del extinguido Imperio Romano de Occidente.

Ese decreto levantó, como es natural, las protestas del clero, de los monjes, del pueblo sencillo. El emperador replicó con la destitución del patriarca y el nombramiento de otro que ratificase su conducta. Casi un siglo estuvo Bizancio más o menos alejado de la Iglesia, cimentándose entonces el cisma definitivo de lo por venir. Justo es recordar el cristianismo heroico de muchos monjes, sacerdotes y ciudadanos de Constantinopla: hubo mártires, cuya riqueza de sacrificio, dilapidada por su descendencia, recarga el patetismo de la tragedia de Bizancio. Otros, que tampoco quisieron tolerar la herejía «oficial», prefirieron emigrar a Italia sobre todo, provincia todavía del Imperio, pero que desatendida por éste en el trance de la invasión de los lombardos, sólo en los reyes francos encontró la tutela armada necesaria. Italia, equidistante de ambos mundos: el oriental y el occidental de Europa, quedó así dentro del radio del nuevo imperio que con fundamentos netamente cristianos, se erguía ya sobre los despojos del extinguido Imperio Romano de Occidente.

Ese decreto levantó, como es natural, las protestas del clero, de los monjes, del pueblo sencillo. El emperador replicó con la destitución del patriarca y el nombramiento de otro que ratificase su conducta. Casi un siglo estuvo Bizancio más o menos alejado de la Iglesia, cimentándose entonces el cisma definitivo de lo por venir. Justo es recordar el cristianismo heroico de muchos monjes, sacerdotes y ciudadanos de Constantinopla: hubo mártires, cuya riqueza de sacrificio, dilapidada por su descendencia, recarga el patetismo de la tragedia de Bizancio. Otros, que tampoco quisieron tolerar la herejía «oficial», prefirieron emigrar a Italia sobre todo, provincia todavía del Imperio, pero que desatendida por éste en el trance de la invasión de los lombardos, sólo en los reyes francos encontró la tutela armada necesaria. Italia, equidistante de ambos mundos: el oriental y el occidental de Europa, quedó así dentro del radio del nuevo imperio que con fundamentos netamente cristianos, se erguía ya sobre los despojos del extinguido Imperio Romano de Occidente.

6. UN PRIMER ENSAYO DE CISMA

EL año 800 marca de modo decisivo la yugulación de la tradición unitaria del mundo romano. Carlomagno, rey de los francos, y protector de la Iglesia romana, recibe la corona imperial de manos del Papa. En Oriente acababa de abolirse la prohibi-

ción de las imágenes, pero el rastro de orientalismo y «desromanización» estaba ya mucho más impreso. Todos los ulteriores proyectos de reconstitución del Estado romano desde Bizancio, tropezarán con la realidad institucional del Imperio Romano-Germánico, engendrado con una misión específica en el engranaje temporal de la Cristiandad europea que se va perfilando. Y Constantinopla se replegará más y más en sí misma, en su pensamiento, en su lengua, en los recuerdos de su pasado, con cerrazón estrecha y orgullosa a toda comunicación de espíritu con las naciones del Oeste. He ahí otra semilla de caducidad.

Del período iconoclasta salió la sociedad bizantina, es lógico, muy quebrantada, sus cristianos divididos: a un lado los que habían observado, a pesar de coacciones y daños materiales, una conducta de íntegra ortodoxia — hoy algunos dirían los «integristas» —; y enfrente quienes jactábanse de tolerancia y magnanimidad porque tal vez habían transigido a costa de su fe en aras de una convivencia tranquila con la herejía, debajo de lo cual se ocultarían sentimientos menos confesables, como por ejemplo el temor al enojo del autócrata: éstos vendrían, pues, a ser como los «liberales» de aquel siglo.

Precisamente de este último sector derivó un movimiento de estudios clásicos, a cuyos componentes el contacto con los autores



del siglo v: 1.º Nestorianos (del Patriarca Nestorio, de Constantinopla): para ellos en Jesucristo hay dos personas, una es Dios solamente, la otra hombre; 2.º Monofisitas o eutiquianos (de Eutiques, Patriarca de Alejandría): como reacción exagerada y errónea contra los anteriores, afirman que Jesucristo, una sola persona, tiene igualmente única naturaleza (aquí está la herejía). — Los nestorianos fueron condenados en el Concilio de Efeso (431) y los eutiquianos en el de Calcedonia (451): de aquí que a los cristianos ortodoxos, los que estaban en la verdad, fuesen a veces llamados «calcedonios».

(6) VLADIMIRO SOLOVIEV, *Rusia y la Iglesia Universal* (Madrid, 1946), págs. 84-85.

paganos les iluminaría el pensamiento y les ensancharía el corazón hasta el punto de despreciar furiosamente a los «ignorantes» del bando, a su vez, fanático. Focio personificó y presidió tal grupo de estudiosos; hoy, los que intentan reivindicar su memoria (7) acentúan todo lo que pueden el colorido de esta su faceta de erudición y prestigio intelectual, contraponiéndole a San Ignacio, a quien tachan de rudo y oscurantista.

Ahora bien, la realidad histórica es en sí inmutable y no cabe forzarla aun a fuer de un presumido «ecumenismo», que por añadidura no repara en sacrificar la santidad de la Madre Iglesia. Los hechos en este punto están perfectamente claros: un monarca, Mi-

guel III el Beodo, cuyo sobrenombre histórico refleja con rotunda expresividad la índole de su persona. Un valido, el César Bardas, cuyos escándalos morales no pueden soportar la rectitud predicada por el Patriarca San Ignacio. Y Focio, aureolado de humana sabiduría, que entreviendo una apoteosis de su popularidad, se presta a suplantar a Ignacio, «aseglorando» en cierta manera la dignidad patriarcal, a la que pensaría él que convenían algunas dosis de «modernidad» e ilustración. Focio despreció el dictamen del Papa, a quien no se había ocultado el juego; la virtud de San Ignacio era además notoria. Con el desacato se negaba la primacía del Papa: estaba, por tanto, declarado el cisma (867).

7. CUANTO TRABAJAR Y LUCHAR SIN FRUTO INCORRUPTIBLE

TRATAREMOS de la dinastía macedónica — casi dos siglos: 867-1056 —, en bloque como el hito culminante, el nudo del proceso en cuestión. Es, primero, significativa una coincidencia que ofrece este período: en sus comienzos halla un cisma formalmente establecido, el de Focio; dos años antes de concluir conoce la escisión definitiva de la Iglesia oriental, bajo el patriarca Miguel Cerulario. Inicia y termina, por consiguiente, con signo cismático, y esto mismo constituye su principal legado a los siglos posteriores, hasta el nuestro. Tracemos a grandes rasgos el cuadro de los hechos históricos, sobre todo de aquellos cuyos destellos más se proyectan sobre el acontecimiento-guía adonde vamos: la caída de Constantinopla.

El cabeza de la nueva dinastía fué Basilio, oriundo de Macedonia y, por tanto, con un crecido porcentaje de sangre eslava o sea «bárbara». Mereció los mejores favores y confianza de Miguel el Beodo, su antecesor, lo que aprovechó para eliminarle en un golpe de fuerza y astucia. Con él se instaura en Bizancio una línea de acción política esperanzadora como nunca. Ya no se piensa sólo, como antes, en contener el empuje de los pueblos que envuelven al Imperio, cada vez más estrecho de fronteras. Ahora habrá labor positiva. Hay un nuevo aliento que vivifica aquel organismo caduco, Constantinopla presenciara jornadas de apoteosis: y parecen confirmarse todas las visiones mesiánico-imperialistas de la «ciudad protegida por Dios», la «nueva Roma», y, casi diríamos, la «nueva Jerusalén».

Basilio I ataca y castiga a los árabes en el Sur de Italia, que torna así a mirar hacia Bizancio; hay un cambio de correspondencia con el Papa y el soberano aparta a Focio, el Patriarca cismático, reintegrando a San Ignacio, preferido por el pueblo. Entonces se tuvo en Constantinopla, por última vez, un concilio ecuménico (869-870) para asegurar la reconciliación con Roma.

Con todo, volvió Focio a la sede patriarcal a la muerte de Ignacio, gracias al entusiasmo de sus admiradores, la élite de la «intelectualidad», ante cuyas presiones transigió el monarca: reproducíase, pues, el cisma, porque Focio, pese a toda la buena fe con que en la actualidad pretendan vestirle algunos historiadores de nota, en nuestro asunto resultó un enemigo irreconciliable y apasionado del primado del Sumo Pontífice — «un patriarca como todos los demás», para él y sus fanatizados correligionarios.

Pero el sucesor de Basilio, León VI, antes discípulo entusiasta de Focio, conoce bien el ensoberbecimiento de éste y lo sustituye por otro patriarca más dócil a su orientación de estricto césaropapismo. Aquí podemos razonar con Soloviev que «la Iglesia de Bizancio, desligada de la Iglesia de Dios — una, indivisible, universal... —, no podía más que convertirse en un departamento más de la administración civil» (8). A pesar de eso, aún se volvió otra vez, la última, a la sumisión, al menos de derecho, para con la Sede Romana, tan pronto como hubo un Patriarca probo, consecuente y humilde — San Nicolás el Místico —.

Era, sin embargo, una unión inestable, porque, aunque todavía fuese quizá sentida por el alma de los fieles, gravitaba continuamente sobre ella el peso de las conveniencias de gobierno eventuales y la megalomanía jerárquico-religiosa tan tentadora para los espíritus cultivados de Constantinopla, incluso muchos eclesiásticos.

En este tiempo, con todo, ya hemos sugerido que hay una verdadera floración de cultura y actividades. Si el formalismo bizantino hubiese sabido y querido infundir en todo ello — entonces cuando se daba la postrera gran oportunidad — una corriente de espiritualidad sólida, profunda, íntima...; quizá ni los turcos hubiesen herido a Europa hasta casi en el corazón con todo el desgaste de energías que supuso para Occidente esta amenaza permanente por varias centurias, ni se habrían suscitado mil cuestiones políticas, muchas cercanas a nosotros, del enmarañado Próximo Oriente... Y acaso, quién sabe..., ni aquella estructuración compacta de la sociedad cristiana medieval se hubiese desmoronado

tan radicalmente, al poderse alinear por el catolicismo un frente más amplio y desenvuelto en las crisis de disolución traídas por la Edad Moderna.

La estirpe imperial de los «macedónicos» emprendió una readaptación del derecho de Justiniano, bastante olvidado por los isáuricos de ideología muy distinta. Ahora bien, la labor legislativa se realizó ahora con un enfoque más «griego», por mucho que el Imperio siguiese llamándose «romano» hasta el fin: los ideales de Justiniano estaban bien enterrados, por los siglos y por la revitalización del Imperio de Occidente bajo Otón I (siglo x), luego de cien años de perturbaciones que no pudieron hacer olvidar la magnífica construcción de Carlomagno y el Papa León III.

Hubo también un cultivo esmerado de los clásicos helénicos, mucho de cuyo saber habían exhumado Focio y su escuela. Este interés cultural se fué incrementando; llegó a existir incluso un soberano literato, Constantino VII Porfirogénito, que depositó la responsabilidad de los negocios del Estado en Román Lecapeno, césaropapista empedernido como es de suponer. Mas los estudios clásicos no produjeron en Bizancio más que un mimetismo estéril, de fondo y forma, un idioma culto artificioso, fosilización y anacrónica idolatría de las formas, sin nada comparable a la potencia creadora de Dante o a la profundidad de los pensadores de la Escolástica, frutos espontáneos y perennes de la Europa occidental en el vital desenvolvimiento de su Cristiandad.

Varios monarcas de estos dos siglos regresaron a su metrópoli cargados de laureles bélicos merecidos, los límites del Imperio abarcaron muchas tierras antes perdidas. El general Juan Curcuas, los emperadores-militares Nicéforo II Focas, y Juan Tzimistés, Basilio II el «matador de búlgaros»... humillaron una y otra vez a los árabes ya en la plena descomposición del Califato, rechazaron una tras otra invasión de pechenegos y de húngaros, vencieron y sometieron a los búlgaros, «descubrieron» a los rusos y les comunicaron el cristianismo, hicieron respetar sus dominios del Sur de Italia frente a los normandos recién situados en el Mediterráneo...

Constantinopla volvió a sentirse segura, incólume, objeto de una predilección divina especialísima. Aquel emporio del alto comercio euro-asiático, aquella urbe cosmopolita de exquisiteces y refinamiento, de vivir alegre y opulento, núcleo el más populoso del mundo, repleto de maravillas artísticas y tesoros de las viejas civilizaciones, punto de convergencia de todas las razas y lenguas conocidas... llegó a suscitar por todas las naciones encanto y veneración casi sagrados. Algún emperador de Occidente incluso, como Otón III, experimentó con fuerza el atractivo fascinador de Bizancio. Y el pueblo constantinopolitano, mezcla cada vez más abigarrada de gentes diversas, crecería más y más en confianza de sí, y en menosprecio de las que consideraba «tribus bárbaras y oscuras» del Occidentes, es decir, de los latinos.



(7) Dentro de una reivindicación sistemática de todos los grandes enemigos de la Iglesia. Lutero, Focio, etc.

(8) SOLOVIEV, ob. cit., pág. 166-167.



8. UN GRAN AMBICIOSO QUE TUERCE LA HISTORIA

BASTARON unos años de perturbaciones políticas internas y rivalidades por el poder, para que las glorias de la dinastía macedónica se esterilizaran, y para que, precisamente cuando se cernía ya sobre el Imperio la nueva gran amenaza de los turcos seldyúcidas, el orgullo del patriarca y de las clases dirigentes de Constantinopla provocase una ruptura con la Sede Romana: cisma ahora definitivo, inficcionado de un apasionamiento delirante que hizo infructuoso todo intento de conciliación.

La masa de los ciudadanos quedó en parte tranquila, fiada de sus superiores eclesiásticos y aun ignorando algún tiempo la discrepancia con la Iglesia Romana; fenómeno todavía más notable entre los rusos y demás pueblos eslavos cristianizados desde Bizancio; siguieron trágicamente ligados al Patriarcado cismático, por la sumisión ciega que en su fe sencilla y reciente le profesaban, por el mágico respeto que les evocaría el nombre de Constantinopla, sumisión y respeto sembrados sin duda por sus evangelizadores griegos, quienes tal vez descuidaron predicar a los neófitos la trascendencia del Primado otorgado por Jesucristo a San Pedro y en él a los Obispos de Roma; había quedado así su cristianismo sin la base inmovible de la infalibilidad del Papado, en manos sólo de sus superiores inmediatos los prelados griegos (9). La responsabilidad de éstos se patentiza más aún con esas consideraciones.

Nos limitaremos, de todas formas, a subrayar aquí que de aquel acto de soberbia desenfrenada, absurda degradación de lo espiritual hasta hacerlo depender de cálculos políticos contingentes y aun de particularidades de ambiente, raza o cultura; de este

hecho, repetimos, proceden con lógico encadenamiento a través de los acontecimientos históricos, la decadencia vergonzosa del Imperio bizantino, su ausencia en la misión providencial de defensa y consolidación de la Cristiandad, la constitución en Europa oriental de un mundo cristiano huérfano, sin guía cierta ni protección indefectible contra las explosiones del poderío humano... Esto es lo que puede simbolizarnos la caída de Constantinopla.

Miguel Cerulario, que había conspirado contra Miguel IV y sufrido el consiguiente destierro, era de noble linaje bizantino, asceta severo y autoritario; después de tomar el hábito monástico, movido sin duda por el desengaño de sus tropiezos políticos, fué designado Patriarca de Constantinopla, cargo en que ganó el valimiento de Constantino IX Monómaco: gran ocasión para que reverdeciesen las ambiciones pasadas. Y no venció la tentación.

Con un plan preconcebido inspiró pronto varios manifiestos impugnadores del rito latino. Preparada la opinión en las plazas y claustros, él mismo se declaró acusador directo y ordenó cerrar las iglesias latinas de su Sede. Ante estas arbitrariedades, el Papa San León IX le recordó la primacía romana, justamente lo que Cerulario no podía resistir.

Fracasó por el intransigente engreimiento del Patriarca un concilio para examinar el desconcierto, y aquél no tuvo ya reparos en atribuirse un primado universal, pretendiendo anatematizar al mismo Papa. De esta forma dió comienzo el Cisma oriental: el año próximo cumplirá sus nueve siglos la rebeldía.

Según Bousquet (10) Miguel Cerulario «dejó en segundo término las querellas teológicas... dió un relieve mucho mayor a

(9) V. "CRISTIANDAD", número 209 de 1.º de diciembre de 1952, pág. 415 ss.

(10) J. BOUSQUET, *L'Unité de l'Eglise et le schisme grec* (Paris, 1913), p. 178.

todas las discrepancias exteriores, disciplinares y rituales, que son las que llaman la atención del pueblo». Y el formalismo bizantino ayudó al engaño. Además, «conquistóse una fuerza que hasta

entonces había estado preferentemente de parte de la Iglesia católica y del pontificado: la de los monjes, tan numerosos en Oriente».

9. ODIO A LOS LATINOS

A los dos años de consumarse el Cisma, cayó la dinastía macedónica: a continuación un período de forcejeos entre el partido centralista-burocrático y los elementos aristocrático-militares. Estos se consolidan en el poder al promover la entronización de los Comnenos, terratenientes de alcornia.

Mientras tanto los turcos seldyúcidas han desbordado las defensas exteriores y, a una con pechenegos y cumanos, asedian la capital del Imperio. Parece que Alejo I solicitó angustiado a las naciones occidentales, pero el alivio urgente vino por la astuta diplomacia bizantina que supo atraerse en su auxilio a rusos y polovtziacos.

En el Oeste de Europa impresionó vivamente el avance de los turcos, en especial por la ocupación de los Santos Lugares, cerrados a los peregrinos. Y aquí empieza la historia de las Cruzadas, que sólo tocaremos de paso en sus relaciones generales con el Imperio de Oriente.

Ante todo, la idea de una Cruzada para rescatar Jerusalén resultó extraña y quimérica para el monarca y el pueblo de Constantinopla: ellos miraban el pelibro turco sólo en el sentido de amenaza inmediata contra su propia integridad política y material. Menos que nunca cabía ahora en su espíritu la superior concepción de una empresa universal de toda la Cristiandad con alientos sobrenaturales, puramente bajo el estandarte de la Cruz: maravilloso despliegue de las fuerzas del imperio de Cristo sobre las sociedades.

Por esto Alejo I quedó defraudado, y tanto él como sus sucesores acogieron siempre con recelo el paso de los ejércitos cruzados. Lejos de incorporarse a ellos, procuraron obstaculizar cuan-

to pudieron y, una vez repartidas en principados las tierras ganadas a los turcos, el autócrata de Bizancio pretendió el homenaje de sus respectivos soberanos.

Proyectó, no obstante, el citado Alejo I un arreglo con el Papado que llegó a efectuarse, por cierto en un momento en que todavía podía esperarse la adhesión pronta y sincera de algunos elementos de Bizancio. Al menos esto cabe deducir de las afirmaciones de un monje oriental coetáneo — precisamente en una obra «sobre los errores de los latinos» (11) —, lamentándose de la intolerancia y orgullo reinante entre sus compañeros instruidos. Quedaba, pues, alguno que situaba con precisión el problema cismático.

Aun pasó por el trono un emperador admirador, por curiosa excepción, del mundo occidental: Manuel I, que soñando en restaurar el imperio romano único, hizo seductoras promesas al Papa Alejandro III cuando éste se hallaba comprometido por el delirio césaropapista de Federico Barbarroja (12). El Pontífice no se dejó encadenar a la marcha tortuosa de la diplomacia bizantina.

Y Manuel no logró con su ambiciosa intervención en los asuntos italianos más que provocar en Constantinopla mayor antipatía contra los latinos, que distraían al soberano de los verdaderos intereses del Imperio: la salvaguardia de sus fronteras de Asia Menor. Esto, más el favor de algunos latinos en la Corte — la misma emperatriz era francesa — y los excepcionales privilegios mercantiles de los venecianos, exacerbó el nacionalismo de la plebe de Constantinopla — con sus inevitables demagogos — sólo satisfecha al cabo con una horrible matanza de los latinos de la ciudad — año 1182 —.

10. OH, CIUDAD, CIUDAD...

VEINTIDÓS años después... Desviados de su objetivo por las conveniencias mercantiles de Venecia — en contra de los deseos del Papa — se presentaron las tropas de la fallida cuarta Cruzada ante los muros de Constantinopla. Admirémonos con el cronista cruzado, el caballero Villehardouin: «Podéis imaginar la atención con que miraron Constantinopla aquellos que no la habían visto nunca, pues no hubieran pensado nunca que pudiese haber en el mundo ciudad tan rica, cuando vieron aquellos altos muros y aquellas ricas torres que la rodeaban, y aquellos ricos palacios y aquellas altas iglesias, de lo cual había tanto que nadie hubiera podido creerlo de no verlo con sus propios ojos... Y sabed que no había hombre tan valeroso que no le temblase el cuerpo; y ello no es maravilla, porque nunca habíase emprendido obra tan grande desde que el mundo existe...» (13).

El formidable asalto fulminó toda resistencia y la urbe fascinadora fué arrebatada y saqueada por los latinos, soliviantados por la insistente doblez política del Estado bizantino. Recuértese a este respecto cómo terminó un siglo más tarde la empresa en parte análoga de los catalano-aragoneses a Oriente.

Un bizantino inspirado patetizaba en trenos la humillación: «Oh, ciudad, ciudad. Ojo de todas las ciudades, tú de la que se habla en todo el Universo, espectáculo superior al mundo. Ciudad nutricia de todas las iglesias, cabeza de la fe, guía de la ortodoxia, protectora de la instrucción, receptáculo de todos los beneficios. Tú has bebido la copa de la cólera divina y has sido visitada por un fuego más terrible que el que se abatió antaño sobre cinco ciudades...» (14).

Lo más interesante de este texto creemos que está en que sintetiza de un modo espléndido el insensato endiosamiento de los bizantinos, el que les hizo capaces de tanto odio contra Roma, por la superioridad jerárquica de esta Sede sobre toda Iglesia — por voluntad irrefutable de Jesucristo.

Constituyóse en Constantinopla un Imperio nuevo, ahora «latino», es decir con soberanos occidentales: una circunstancia única en apariencia para acabar el cisma. Pero, resumiendo con Vasileiev, «el imperio latino de Oriente, establecido sobre bases feudales, aparte no poseer un poder político fuerte, no supo entablar relaciones religiosas rápidas y satisfactorias con la Curia pontifi-

cia» (15): el juego del mecanismo político dificultó una vez más la reconciliación.

Por otra parte, el territorio bizantino quedó fragmentado, y pronto el núcleo griego de Nicea, bajo los Láscaris, polarizó las reivindicaciones político-religiosas de los orientales, doblemente resentidos e irreconciliables.

Además por aquellos años en Occidente el Papado padeció la enemiga implacable del emperador romano-germánico Federico II, monstruo típico de antipapismo, quien apoyó a los soberanos de Nicea para recuperar Constantinopla. Esto lo consiguió Miguel Paleólogo (1261), finalizando así el Imperio «latino». El último monarca de éste, Balduino II, cedió sus derechos a Carlos de Anjou, el sinuoso destructor del dominio Hohenstaufen (16) en el Sur de Italia.

El Anjou vino a representar entonces lo que los normandos en los dos siglos anteriores: una barrera más entre los dos mundos del Mediterráneo. Combatió al primer Paleólogo, mas éste, bi-

(15) A. A. VASILEIV, *Historia del Imperio Bizantino*, t. II, pág. 111 (Barcelona, 1946). Es obra útil y de la que nos hemos servido para varios puntos concretos y citas de este trabajo.

(16) El de los Hohenstaufen fué el linaje de Federico Barbarroja, Federico II, etc, emperadores de Alemania de tendencias césaropapistas y en ocasiones en guerra declarada contra la Sede Romana.



(11) TEOFILACTO DE BULGARIA, en *P. G.*, t. 126, c. 226-250.

(12) V. "CRISTIANDAD", el cit. número 205, pág. 337 ss.

(13) VILLEHARDOUIN, *La conquête de Constantinople*, ps. 128 y 147.

(14) NICETAS CONIATA, *Historia*, p. 763.



zantino sutil, opuso a sus pretensiones un acuerdo de sumisión total a la Sede Romana. Tal fué la unión de los cismáticos proclamada

en el Concilio de Lyon de 1274. Pero, basada, por parte del monarca oriental, exclusivamente en las repercusiones políticas del momento, no trascendió de hecho en Constantinopla y al poco tiempo fué anulada.

La culpa de esta ruptura se ha achacado sin fundamento positivo al Papa Martín IV, quien — dicen algunos — que por amistad con Carlos de Anjou, francés como él, desligóse del acuerdo con el bizantino. Contra tal prejuicio sectario baste el argumento de los Anales de Reinaldo de que «la concordia entre latinos y griegos no fué disuelta por unas censuras temerariamente lanzadas en gracia de Carlos (de Anjou), sino que Martín (el Papa) empleó el rayo eclesiástico por la violación por parte de los griegos de la alianza establecida y por la defección de Paleólogo. Ciertamente que si el Paleólogo se hubiera apartado de la Iglesia romana por el anatema lanzado en gracia de Carlos (y no antes y por otros intereses) no lo hubieran pasado en silencio los griegos» (17).

11. LOS TURCOS EN EUROPA

EN el siglo XIV se va estrechando paulatinamente el cerco del Imperio por los turcos. La restauración de los Paleólogos fué en gran parte ficticia. Hubo, es cierto, un insospechado renacimiento del nacionalismo griego, cual nunca lo había conocido Bizancio, cuya civilización había sido tan orientalizable por lo menos como helénica. Pero aquel organismo, dotado de una cabeza desmesurada — la ciudad de Constantinopla — sobre un cuerpo en agudo y creciente raquitismo, estaba fatalmente enfermo de muerte.

Por añadidura existió durante algunos años en los Balcanes un reino fuerte, la gran Servia de Esteban Dushan, que distrajo muchas energías necesarias a Bizancio para contener a los turcos siempre en acecho y cada día más cercanos a Constantinopla. A mediados de siglo fijaron ya sus bases de ofensiva en la costa europea de los Dardanelos, el triunfo de Kosovo (1387) dejó en sus manos la Península Balcánica. Venecia y Génova, las grandes potencias marítimas, cuyo apoyo era imprescindible a Bizancio, y cuyos intereses mercantiles garantizaban su intervención, acababan de agotarse peleando entre sí.

La Cristiandad occidental comenzó a inquietarse por su propia seguridad. Los turcos se habían instalado sobre el Danubio, la

gran vía de penetración hacia el centro de Europa. Organizóse, pues, una cruzada, siquiera bastante modesta, acaudillada por el duque de Borgoña, el audaz idealista Juan sin Miedo. Ni aun entonces se obtuvo la colaboración sincera del Emperador griego, Manuel II, a pesar de tratarse de una empresa que directa e inmediatamente había de beneficiarle si alcanzaba su objetivo: la expulsión de los turcos al Asia.

Los cruzados fueron destrozados en la batalla de Nicópolis (1396), junto al bajo Danubio. Europa tampoco podía remediar ya la suerte del Imperio bizantino; comenzaba a sentirse ella misma débil, desunida. Alboreaba el «humanismo», con su poda sistemática de los principios sobrenaturales que eran la esencia y la fuerza de la Cristiandad europea.

La desgracia de los turcos frente a la irrupción de Tamerlán y los mongoles (1404) sirvió únicamente de alivio pasajero, no hizo sino prolongar unos años más la agonía de Constantinopla, la ciudad apática, embriagada en el recuerdo de sus grandezas, a la que, como persuade el estudio de su historia de aquel tiempo, ningún poder humano podía librar ya de la catástrofe.

12. EN QUE SE RESUELVE EL DRAMA...

Los turcos, avanzado el siglo XV, van completando el despliegue estratégico que facilite a su tiempo el asalto supremo. Juan VIII, penúltimo emperador, creyó en la reconciliación con Roma como en la única esperanza. No por compunción sino por cálculo. Seguía el tráfico absurdo con lo divino a cambio de la promesa de apoyo material. ¿Cabían así la buena fe y la sinceridad, premisas de los favores divinos?

Juan viajó a Italia. En Florencia el Concilio (1435) proclamó la unión tan prometedor. Pero ésta ya no tuvo ningún eco en el pueblo de Constantinopla: ¿cómo iban a extinguirse de repente mediante un simple decreto del Emperador, el odio y la incompreensión cruel y deliberadamente provocados, fomentados y acumulados durante varios siglos por los hombres encargados de encauzar las multitudes?

El Papa Eugenio IV aún promovió la correspondiente cruzada. Húngaros, polacos y rumanos, ni con su gran arrojo y derro-

che de valor, pudieron arrebatarse a los turcos enardecidos la espléndida victoria de Varna (1444). Y solamente faltaba ya el último combate, quizás el más fácil...

El Papa Nicolás V, ante el lamento conmovedor de Constantino XI que presentía el inevitable desenlace, no podía más que exponer, con profunda penetración en las raíces de los caminos de la Historia, el decreto de la justicia eterna:

«...Hay otro género de sacrilegio que la Divina Providencia no permite que quede sin castigo, y que para los que investigan diligentemente no puede ser otra cosa que el cisma, que comenzó con Focio en tiempos de Nicolás I y ha inveterado hasta nuestros días...» (18).

ÁNGEL-JUAN MARTÍN DUQUE

(17) RAYNALDO, *Annales*, t. 22, pág. 492.

(18) RAYNALDO, l. cit., t. 28, p. 547-549.

LA CAIDA DE CONSTANTINOPLA

LA CIUDAD SOÑADA



CONSTANTINOPLA no fué sólo la capital de un imperio de mil años, fué también su cabeza y su corazón. En ella se entrecruzan en confusa mezcla la herencia de Roma, saturada de fe cristiana, con el despotismo autócrata de los soberanos orientales y el renacimiento clásico que brota espontáneamente del solar helénico. Esta amalgama produjo una

civilización bárbara, compleja y maravillosa.

Enriquecida por su fundador con los despojos de Roma, Atenas, Alejandría, Antioquía y Efeso, defendida por una muralla que se extiende desde las riberas del Mármara hasta el Cuerno de Oro, encierra un recinto donde se desarrollan los más sorprendentes episodios dramáticos. La sola mención de su nombre evoca un cortejo de imágenes alucinantes que han dado pie a las más desenfrenadas fantasías de los libros caballerescos. Pero los hechos históricos resultan aún más patéticos que la fantasía. Allí son una realidad aquellos emperadores y emperatrices, déspotas hieráticos, brillantes y rígidos, coronados de pedrerías que descienden como raudales de topacios, zafiros y rubíes entre los pliegues reverberantes de la túnica hasta los boreguíes de púrpura, y están rodeados de un halo de suntuosas tragedias, porque los que hoy son omnipotentes, mañana caerán víctimas de un complot de eunucos o un golpe de audacia, que después de arrancarles los

ojos los recluirá en un convento o los entregará al populacho para que los despedace en las plazas públicas.

Parecen consubstanciales con su clima la herejía y el cisma, los monjes fanáticos, los Patriarcas serviles, los óramas religiosos, las interminables discusiones teológicas; las sutilidades de una diplomacia tan activa, y tan sagaz, tan sutil que impone como algo característico e indiscutible la majestad imperial, a pesar de que los Basileus mendiguen en las cortes occidentales, se compren las paces con vergonzosos tributos y se entreguen princesas imperiales para el harem del sultán.

Es la ciudad de las pasiones sin freno, del desprecio absoluto de la vida, la que presenta el más fastuoso mosaico de revoluciones y guerras, de dramas políticos y dramas de amor, de venganzas, de intrigas palaciegas, de crueldades salvajes, de fanatismos enloquecedores, pero es también la ciudad de las riquezas fabulosas, de los palacios de mármol incrustados de mosaicos, de los vestidos recamados de perlas, de la vitalidad intelectual más poderosa; es la inspiradora del derecho y el arte occidental, la escuela del refinamiento y la cultura, la de los innumerables monasterios con sus valiosos manuscritos, la de las iglesias con sus incalculables tesoros artísticos, y desde su fundación hasta el momento en que servios, búlgaros, albaneses, latinos y turcos la tienen cercada, y casi ella sola es todo el Imperio, excitó siempre la admiración y codicia de los bárbaros de oriente y occidente y fué la ciudad soñada por todos los conquistadores.

LA UNION DE FLORENCIA

EN este imperio teatral y violento donde domina la ley del contraste y parece fatalmente sujeto al vaivén de las caídas más profundas y las más increíbles ascensiones, una sola cosa se encuentra idéntica de siglo en siglo: "la idea del absolutismo imperial". Los emperadores que al coronarse diríase que dejan de ser hombres para convertirse en los más brillantes de los iconos, creen indiscutiblemente en su autoridad ilimitada e incontrolada. La misma Iglesia no se sustrae a su dominio, antes al contrario se consideran árbitros inapelables de la misma. Nombran y deponen los patriarcas a su antojo y deciden sobre el dogma y la liturgia de la misma manera que deciden sobre la guerra y la paz o disponen las ceremonias palaciegas.

Frente a Roma, muestran una altiva independencia. Por los resultados se ve que sus intentos de aproximación son encubiertas tentativas para obtener un auxilio determinado, con dudosos, cuando no firmes, propósitos de eludir su cumplimiento. Y estos intentos son tan numerosos como sus defecciones. De hecho quieren ser reyes y Papas en sus dominios. El Patriarca, por su parte, tampoco acepta ser el segundo con respecto al legítimo sucesor de Pedro, y los monjes aman apasionadamente su iglesia nacional. Han bebido el cristianismo en las fuentes puras del Evangelio pero se anquilosan en la exegesis de su ortodoxia. Su religión no se nutre con la savia vivificadora que brota de la cátedra del Príncipe de los Apóstoles; son sarmientos desprendidos de la vid. Los cismas de Focio y Cerulario fueron la expresión aguda de una idea palpitante y viva del sentir colectivo, provocada por

la aversión a lo romano de los monjes dirigentes del sentir religioso de un pueblo envenenado, y avalada por unos patriarcas que prácticamente no eran sino un funcionario más en la máquina estatal.

La caída de Tesalógina en poder de los turcos hizo temer a Juan VIII, Paleólogo, la proximidad del golpe supremo, y para interesar al occidente hizo proposiciones al Papa Eugenio IV de dar vigor y reafirmar la unión con la Iglesia latina que años antes se había intentado en Lión.

Se convocó un Concilio en Florencia. Acudió el mismo emperador y los patriarcas orientales. La supremacía jerárquica fué siempre concedida al Papa y tras reñidas controversias y laboriosas negociaciones se realizó la unión eclesiástica con Roma.

Cuando llegó a Constantinopla la noticia de que la Iglesia griega se había sometido, los bizantinos se soliviantaron. Los Patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén publicaron una enérgica protesta excomulgando a los eclesiásticos colocados por Metrofanos, partidario de la Unión, si no renunciaban a sus destinos y amenazaron al emperador con que no harían mención de él en sus oraciones" (1).

Las apasionadas arengas de Marcos Eugénico y Genadio, lanzaron al pueblo enfurecido contra los partidarios de la Unión que "se vieron cubiertos de burlas y escarnios, y llamados traidores, apóstatas y herejes" (2). A pesar de todo el Patriarca Bessarion se mantuvo fiel,

(1) Pastor-Historia de los Papas.
(2) Pastor-Historia de los Papas.

pero hubo de quedar en Roma. De los que regresaron a Constantinopla la mayoría no pudieron resistir la avalancha y procedieron públicamente a retractarse.

“El emperador, por su parte, siguiendo la conducta tradicional, no mostraba gran diligencia en dar firme cimiento a la Unión con la pronta y enérgica manifestación de su voluntad” (3). Y sucedió con la Unión de Florencia

lo que tantas veces había sucedido. No se llevó a cabo en la práctica.

Y no solamente esto: la flexible diplomacia de Juan Paleólogo se apresuró a restablecer sus relaciones amistosas con el sultán, cediéndole la mayor parte de las ciudades marítimas y pagándole un tributo de 30 mil ducados anuales.

LA HIGUERA ESTÉRIL

El incumplimiento del pacto tan solemnemente firmado imposibilitaba al Papa acudir en socorro de los griegos más amenazados que nunca por los turcos que habían vencido en Varna y Kosowo, y le inclinaba a dirigir los esfuerzos de la Cruzada hacia Hungría y Albania, porque sus héroes, Hunyades y Scanderberg, con sus derrotas y sus victorias, constituían por entonces el único escudo que defendía la Europa occidental de las furiosas acometidas de los infieles.

Juan VIII murió en 1448 y le sucedió Constantino XI, Paleólogo.

Encontró el Imperio en una situación que no podía ser más precaria, más paradójica ni más absurda. El drama que conmovía los corazones, no era la amenaza de la caída de Constantinopla, sino la unión con Roma; no había soldados y se mantenían 9.000 halconeros para las cazas del emperador; el tesoro no alcanzaba para pagar mercenarios y reforzar las murallas porque parecía más importante asegurar la vida de la corte de modo “que el color de los vestidos, la confección de los gorros y los zapatos, la colocación de las insignias y el orden de la colocación de los funcionarios en los cortejos reales” no alterara el fausto de los ritos ni la pompa rigurosamente codificada, aunque las piedras preciosas fueran falsas y el aro de las coronas de cuero dorado.

El nuevo emperador impuso su decisión de simplificar este aparato. Convirtió en soldados los halconeros y destinó a equipar tropas y fortificar las murallas todo el dinero de que disponía. Estaba animado por una voluntad decidida de luchar hasta morir y era tal vez “uno de los pocos que no fueron causa del desastre que le costó el Estado y la vida”.

Pero aunque heroico y valiente, tenía que enfrentarse con la vigorosa personalidad de Mahomet, el nuevo sultán turco que había sucedido a Amurates. Era éste un joven de 28 años, fogoso, sutil, cauto, audaz en la guerra y prudente en la política; cínico descreído que hacía burla de todas las religiones y en la intimidad hasta llamaba a Mahoma “capitán de bandoleros” y no era capaz de guardar la fe, ni la palabra, ni los tratos, ni los juramentos.

Los dos jóvenes soberanos renovaron los pactos firmados por sus antecesores, pero ambos se preparaban para la guerra.

Mahomet había jurado realizar el sueño que durante un milenio habían tenido todos los conquistadores. Quería tomar Constantinopla e implacable y metódico, sin desviarse un punto, seguía el plan que se había trazado.

Constantino, que conocía la talla de su adversario, quiso aprestarse a la lucha descomunal y suprema “cuyo desenlace había de fijar con la suerte de Constantinopla, la del imperio de oriente” (4).

No tenía más esperanza que la ayuda de las potencias occidentales, pero esta ayuda venía condicionada por el cumplimiento del Decreto de la Unión. Constantino, consciente de la situación desairada en que su antecesor había colocado al Papa, que entonces era Nicolao V, envió un propio embajador a Roma y no cesaba de instarle “pintándole el extremado peligro en que se veía”.

Nicolao V le contestó “con energía, fuerza y gran libertad de ánimo, un largo escrito fechado en 11 de octubre de 1451”, recordándole que si cuando se celebró la Unión de Florencia Juan Paleólogo hubiera querido la unión se hubiera llevado a cabo porque “las negociaciones tuvieron lugar a los ojos de todo el mundo y el Decreto de la Unión, compuesto en griego y en latín, y suscrito de propia mano de todos los presentes, fué enviado a todo el mundo. Testigo de ello es España con sus cuatro reinos cristianos: Castilla, Aragón, Portugal y Navarra. Testigo la Gran Bretaña, Irlanda y Escocia, las grandes islas situadas fuera del continente. Testigo Alemania, habitada por numerosas razas y extendida por dilatadas regiones. Testigo el reino de los daneses, Noruega y Suecia que están en el extremo norte. Testigo el famoso reino de Polonia, Hungría y Panonia. Testigo toda la Galia, que se extiende entre España y Alemania, entre el océano Atlántico y el Mediterráneo. Todos estos tienen ejemplares del Decreto de la Unión, según el cual se terminó finalmente aquel antiguo cisma, conforme al testimonio del emperador griego Juan Paleólogo, el Patriarca José y todos los demás que vinieron de Grecia al Concilio de Florencia y confirmaron la Unión suscribiéndola.

Y ahora han pasado ya tantos años, durante los cuales el Decreto de la Unión ha permanecido inobservado entre los griegos que ni siquiera apunta ninguna esperanza de que se dispongan a recibirlo, sino difiere el asunto de un día a otro, y siempre oponen las mismas excusas. Los griegos no deben de creer que el Papa y toda la Iglesia universal no tienen luz para ver lo que con tantas dilaciones pretenden.”

Lo entienden pero lo sufren, siguiendo el ejemplo del Soberano Pastor eterno QUE MANDÓ CONSERVAR LA HIGUERA ESTÉRIL HASTA EL TERCER AÑO, EN QUE EL HORTELANO LA ARRANCÓ POR SU ESTERILIDAD (5).

LA CAIDA DE CONSTANTINOPLA

Esta amenaza, que bien puede llamarse profecía, fué proferida, como dijimos, por Nicolao V en el año 1451.

Constantino, animado por su parte de la mejor voluntad, ofreció al Papa obligar a sus súbditos a someterse al Decreto de la Unión, pero fué en vano porque el odio a lo romano había penetrado en la entraña del pueblo,

y estalló con más furia que nunca. Los fanáticos de Genadio organizaron un motín y todo el pueblo les siguió cuando el cardenal romano Isidoro ofició en Santa Sofía según la nueva liturgia, con pan ázimo y agua fría.

Entonces un error de Constantino precipitó la catástrofe. Mahomet fué acometido por el emir de Caramania

(3) Pastor-Historia de los Papas.

(4) Onken.

(5) Raynaldo en el año 1451.

y, creyéndole ocupado en Asia, los griegos para obtener dinero le provocaron, amenazándole que si no les concedía un doble subsidio para su manutención pondrían en el trono a Urchan, un sobrino suyo que se estaba educando en Constantinopla.

El sultán, furioso, ajustó paces con el emir de Carmania para volverse con todas sus fuerzas contra Constantinopla, decidido a asegurarse su conquista por la violencia, y empezó las escaramuzas.

Ya poseía en la orilla asiática del Bósforo numerosos castillos, pero construyó uno más poderoso todavía, llamado Rumeli-Hizar, en la orilla europea. Una cortina de fuego cubría prácticamente la costa e incomunicaba Constantinopla de los puertos del mar Negro, con lo que impedía la llegada de provisiones a la capital.

El emperador Constantino reclamó de estos atropellos, pero Mahamet ni siquiera se dignó contestarle, y durante todo el año 1452 las cosas siguieron en este estado, aunque estrechando el cerco y presionando cada vez más.

Constantino, por su parte, no se daba punto de reposo. Reforzaba las partes débiles de las murallas; para resguardar la flota, cerró con una cadena la entrada del Cuerno de Oro; procuraba el acopio de víveres en la capital; hizo ofertas a Juan Carretto, al regente de Hungría, al rey Alfonso de Nápoles; llamó en su auxilio a Génova y a Venecia, pero ninguna de sus llamadas de auxilio dió resultado. La única ayuda positiva la recibió de un condotiero genovés llamado Giustiniani.

“En la primavera de 1453 contó el emperador su fuerza armada; pasaba muy poco de 9.000 hombres, de los cuales 3.000 eran italianos. Esta reducida tropa tenía que defender una línea de murallas cuya longitud pasaba de cinco horas, y contaba también con 26 buques.” Como las fuerzas del enemigo eran inmensamente superiores, los griegos no podían estar más que a la defensiva y era llegado el momento en que la toma del imperio bizantino se reducía al sitio y asedio de una sola plaza.

“A pesar de ello los sitiados no dejaban de ocuparse de sus querellas religiosas. Los confesores ortodoxos rehusaban dar la absolución a los que habían “comulgado con los excomulgados” o habían asistido a la misa de un sacerdote adherido a la Unión. La clerecía había desertado de la gran Iglesia profanada por la presencia del legado pontifical, la Unión, y no la victoria turca, era lo que les parecía el hundimiento del imperio” (6).

A principios del año 1453, aunque las fortificaciones de la costa permitían a Mahomet ejercer un control sobre el mar, no pudo impedir que atravesando y destrozando parte de su armada, un convoy genovés entrara en el Cuerno de Oro con aprovisionamientos. Entonces “concebí un proyecto que parecía quimérico pero que tuvo re-

sultados eficaces”. En el terreno que se extiende desde Gálata al Bósforo hizo construir una pista y, valiéndose de unos cilindros de madera, arrastró por ella ochenta de sus galeras, hasta la costa del Cuerno de Oro, mucho más allá del punto en que estaba anclada la flota bizantina que quedó cogida entre dos fuegos.

Cuando el bombardeo ininterrumpido había hecho grandes destrozos en la muralla, el sultán decidió el asalto para el 29 de abril.

A las dos de la mañana dióse la señal de ataque. Todas las campanas de la ciudad tocaron a rebato y todas las mujeres estaban prosternadas en las iglesias. Los hombres rechazaron la primera embestida del enemigo. La segunda se estrelló también contra el valor de los defensores. En la tercera avanzaron los genizaros, tomando parte en la lucha hasta 70 mil turcos. El emperador, ante una de las puertas, combatía como un soldado, pero el mejor de sus generales, Giustiniani, fué herido. La confusión que esto produjo fué observada por Seganos-Bajá, que lanzó una sección de sus genizaros y lograron ocupar una parte de la muralla. Los sitiados se defendieron heroicamente, pero otra sección penetró por la puerta Xilocerco, que por descuido no se había cerrado después de una salida. Los que habían escalado la muralla facilitaron la subida de otros y, reforzados suficientemente, atacaron al emperador por la espalda. La artillería abrió una ancha brecha entre las puertas Romanos y Carsias, por la que se precipitaron los vencedores en grandes masas. “El emperador Constantino, peleando como uno de tantos, sin distintivo alguno, buscó y encontró la muerte de los héroes.”

A las ocho de la mañana entraron los turcos definitivamente en la ciudad, y “al Mediodía supo Mahomet que se había realizado la más grande ambición de su vida”. Era dueño de la soberbia capital del imperio bizantino.

El sultán entregó a sus tropas la ciudad por espacio de tres días y tres noches. “El saqueo y las escenas violentas de que fué objeto parecen un atroz delirio de actos de odio, salvajismo y desenfreno.”

El imperio bizantino había dejado de subsistir y había sido reemplazado por el imperio otomano. Constantinopla se había transformado en Stambul, y un monje, Gennadio, recordando la carta del Papa de 1451, con tardío arrepentimiento exclamó: ¿Podéis decir que aquello no era verdad? De ninguna manera, porque es manifiesto y ello mismo nos habla; tres años, decía, esperaremos a ver si os separáis del Cisma, y vosotros os habéis dictado la sentencia SEGÚN EL MANDATO DEL SALVADOR SOBRE LA HIGUERA ESTÉRIL.

(6) Ducas.



El Occidente ante la caída de Constantinopla

"La Cristiandad no tiene cabeza a la que todos quieran obedecer. No se quiere dar lo suyo ni al Sumo Sacerdote ni al Emperador; no hay obediencia, no hay reverencia; miramos al Papa y al Emperador como nombres ficticios, como meras figuras. Cada ciudad tiene su rey; hay tantos principes como casas. ¿Cómo con tantas cabezas que rigen al mundo cristiano se podrá convencer a nadie a tomar las armas?"

"Obremos; digamos a todos los reyes que concurran a la guerra. ¿A quién se dará el mando?, ¿qué orden puede haber en el ejército?, ¿qué disciplina militar?, ¿qué obediencia?, ¿quién cuidará de tan gran multitud?, ¿quién entenderá sus varias lenguas?, ¿quién regirá las distintas costumbres?, ¿quién hermanará a los ingleses con los galos?, ¿quién a los genoveses con los aragoneses?, ¿quién conciliará a los teutones con los húngaros y bohemios? Si van pocos contra los turcos sucumbirán fácilmente; si muchos, serán confundidos." (1).



Si mereció tu atención, lector benévolo, el número que nuestra Revista dedicó a la unidad de la Cristianidad en la Edad Media, no podrá menos de causarte profunda impresión el considerar hasta dónde habían descendido los ideales de aquella Edad al alcanzar la mitad del siglo xv.

El 29 de mayo de 1153 caía Constantinopla y con ella un mundo llevado a la ruina por su política cismática; pero también en esa fecha quedaba apartado hasta el más tenue velo que pudiera disimular la imponente decadencia de una era histórica en el Occidente; ni Emperador ni reyes tienen espíritu cruzado; sólo permanece fiel a su tradición la Roca de Pedro que clama sin cesar por los cristianos que perecen a manos del turco; y un pueblo cristiano que ansía actuar — qué buen vasallo si hubiese buen señor — pero que no encuentra eco en sus monarcas.

A cuarenta años del Concilio de Constanza

Los últimos tiempos habían sido destructores. Sólo una obra divina podía resistir tantas tempestades. Habíase puesto fin al Cisma de Occidente que en los primeros años del siglo xv llegara a ser triple, pero en esas luchas había ido brotando y enraizando una doctrina fatal: el Conciliarismo, la supremacía del Concilio sobre el Papa, en la que muchas veces se basaron los monarcas para imponer sus egoísmos y negar al Pontífice sus derechos, y destruir por consiguiente, lo que quedaba del sistema político medieval.

"Menos de cinco años después de la clausura del presente sínodo — había declarado el Concilio de Constanza — se celebrará un nuevo Concilio general; después un tercero en los siete años siguientes a la clausura del segundo, después de lo cual los concilios generales se sucederán regularmente de diez años en diez años."

"Ahora bien, yo pregunto — comenta el historiador Valois —, ¿cuál podía ser la autoridad del Papa durante la celebración o en la espera de estas se-

siones tan próximas?, ¿y qué papel haría en adelante ante la Cristiandad el triste depositario de este poder venido a menos al cual debía pedir cuentas en época fija un poder intermitente pero superior?, ¿de qué iniciativa, de qué libertad gozaría el Soberano Pontífice en presencia de las mil oposiciones que levantarían sus menores actos siendo así que bastaría una apelación al concilio para paralizar sus voluntades?" (2).

Era una carcoma que iba corroyendo y que salió una vez más a flote en el Concilio de Basilea que llegó a nombrar un antipapa — el último antipapa — después de deponeer sacrílegamente a Eugenio IV.

El reinado de Nicolás V (1447-1455), el Papa de la caída de Constantinopla, de carácter pacífico y bondadoso, logró restablecer la unidad y la paz en la Iglesia, aunque la penetrante visión de Eneas Silvio Piccolomini — futuro Pío II —, no quiere llamarse a engaño sobre ello.

"Se avecina un tiempo peligroso — decía a 25 de noviembre de 1448 en carta al Papa —, por todas partes amenazan tormentas, y en la tempestad se reconocerá la habilidad de los marineros; todavía no se han calmado las oleadas de Basilea, y debajo de las aguas pelean todavía los vientos y discurren por secretísimos canales. Estamos gozando de una tregua, pero no de la paz" (3).

Una sombra de Emperador

El poder político del mundo medieval, encarnado en el Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, también sufría una honda crisis. El Emperador Segismundo había logrado a principios de siglo ornar la corona imperial con el prestigio de haber puesto fin al Cisma, pero a mediados de la centuria, Federico III es una sombra de Emperador.

Combatida su autoridad en sus mismos territorios, y discutida por los omnipotentes Príncipes Electores, decide acudir a Roma a recibir la Corona Imperial de manos del Papa: por lo menos tendrá la majestad de la santa unción — la última conferida por el Papa en Roma —. Pero aquel viaje no hizo sino poner de manifiesto la decadencia de la veneranda dignidad imperial. Su escolta la formaban sólo unos centenares de caballeros, en lugar del poderoso ejército con que en otro tiempo habían acostumbrado hacer tal viaje sus predecesores para imponer por doquier su autoridad. Todo se redujo a muchas fiestas y grandes agasajos, y el único acto de imperial potestad fué la concesión del título de Duque de Módena y Reggio al Marqués Borso de Este. Y cuando a su paso por Venecia, de vuelta ya, quiso el Emperador imponer la paz en Italia, la República veneciana, en la persona del Dux, le contestó que el honor de la República no permitía en las actuales circunstancias, negociación alguna pacífica.

"Sabemos muy bien — le dijo — que hablamos con el Emperador, que tiene el primer lugar entre los mortales, y a quien no se debe eludir con palabras, y por eso decimos desde luego lo que vamos a poner por obra, y nuestra respuesta es inmutable" (4).

(1) Eneas Silvio Piccolomini. Raynaldo, Annales t. XXIX, p. 4.

(2) Valois, Le Pape et le Concilie, t. I, p. VII.

(3) Raynaldo, loc. cit., t. XXVIII p. 592.

(4) Pastor, Historia de los Papas, t. II, p. 161.



No puede quedar mejor retratada la autoridad imperial.

Mas ¿y las monarquías cristianas? ¿aquella Francia de las Cruzadas, la heroica Inglaterra, y las florecientes repúblicas italianas? El pujante nacionalismo, las ambiciones de la nobleza, los medros del comercio habían deshecho aquella obra de la Iglesia que fué la Cristiandad medieval.

El pueblo era cristiano

Sin embargo, en el pueblo cristiano había fuerza y vigor. No tenía la fe muerta. Por eso vibraba ante las predicaciones de un San Vicente Ferrer, de un San Antonio de Florencia, de un San Juan de Capistrano o de un Cardenal de Cusa:

"El éxito inaudito de las predicaciones populares — se dice en la Historia nada "sospechosa" de Lavissee — y otros mil indicios, nos muestran que la fe cristiana en la Francia del siglo XV seguía siendo general y muy viva. Alguna vez había sido deformada por la turbación de los espíritus y la corrupción de costumbres, mas nunca había disminuido" (5).

Y eso mismo afirma Pastor con respecto a Alemania (6).

La Cristiandad duerme

Sin embargo, sobre esa sociedad llegó un día una noticia que en otros tiempos hubiera causado un revuelo general, y que ahora a nadie movió eficazmente — carácter que la relaciona quizá con nuestros tiempos —: había acabado el Imperio de Constantinopla, y nadie se movió hacia el Oriente:

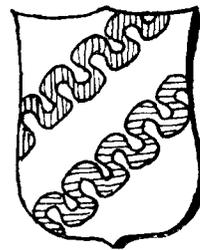
"Nuestros príncipes, ¡oh vergüenza!, fueron sordos y ciegos — exclama el futuro Pío II —, y no vieron que, caída Grecia, quedaban las otras partes de la religión en peligro de hundirse; aunque mejor diría yo que, ocupado cada cual en sus odios o sus asuntos particulares, ni quisieron pensar en la salud pública" (7).

Sólo el Pontífice había procurado aplicar el remedio antes de que llegase lo irreparable:

"Después que llegó a nuestros oídos — dice el Pontífice — que aquella celeberrima ciudad de Constantino estaba sitiada por el rey de los turcos, el acérrimo enemigo de la fe y del nombre cristiano, por mar

y por tierra, con grandes ejércitos y con potente escuadra, decidimos animar y ayudar cuanto pudiéramos a los griegos sitiados; mas, puesto que no ignorábamos que nuestra potencia era insuficiente contra tantas y tan grandes fuerzas de los pueblos bárbaros, juzgábamos necesario que se adhirieran algunos príncipes cristianos y repúblicas con los oportunos auxilios que eran necesarios, a fin de que con esta reunión de fuerzas de todas partes, pudiéramos apartar de aquella ciudad a los turcos y lanzarlos bien lejos e impedir cualquier intento posterior contra los cristianos. Así pues, perseverando en este propósito sincero y eficaz de nuestra alma, manifestamos clara y abiertamente a los enviados del Emperador Constantino, que habían venido a Nós, para impetrar nuestro favor, que todas nuestras fuerzas estaban preparadas, parte en dinero, parte en ejército terrestre, parte en naves. Y como quiera que nuestros subsidios de ningún modo podían bastar, a nuestro parecer, para libertar a la ciudad sitiada por tan gran pueblo de inhumanos bárbaros, les aconsejamos que procuraran atraer la voluntad de los cristianos a la concesión de rápido auxilio; y que entendieran que nuestra ayuda estaba ya preparada y sería como el sólido fundamento de todo lo demás y que así lo anunciaran en nuestro nombre a los Príncipes y Repúblicas.

"Contentos con esta respuesta, volvieron los enviados al Emperador. Parecióle bien la relación, y mandó varios legados a diversos príncipes y pueblos cristianos en demanda de auxilio; mas como no recibieran los enviados sino respuestas vagas, fracasados, volvieron a Nós. Y oída su relación verdadera, Nós, que habíamos creído que vendrían algunos príncipes y pueblos cristianos a sumar sus auxilios a los nuestros para romper aquel enorme sitio, frustrada repentinamente nuestra esperanza, determinamos no diferir más nuestros auxilios, y manifestamos a los predichos enviados que en aquel momento estaban dispuestos para mandarlos, y esta promesa, que fué gratísima a los griegos, no quedó en sólo palabras placenteras y sinceras, sino que la activamos y proseguimos con eficacia. Sin embargo, antes de que llegara nuestra ayuda en defensa de la sitiada ciudad, o por voluntad de Dios, o por que los turcos atacaron con mayor vigor por temor de los anuncia-



dos auxilios, los constantinopolitanos, vencidas, por fin, sus fuerzas, crimen indigno, y digno del dolor y del odio de los cristianos en todos los siglos, sucumbieron vergonzosamente" (8).

Esperanzas de remedio

La noticia se extendió rápidamente, y de todas partes salieron condolencias y gemidos que hicieron concebir en las almas generosas esperanzas de remedio.

"Creedme — decía E. Silvio al Cardenal de Cusa —, todos los cristianos se unirían si resurgiera en nues-

(5) Lavissee, Histoire de France, t. IV-2.º, p. 188.

(6) Pastor, op. cit., p. 60.

(7) Raynaldo, op. cit., t. XXVIII, p. 592.

(8) Ibid., p. 594.



tros tiempos la autoridad del Romano Pontífice, y las voces preclaras y fieles de los buenos predicadores—entre los cuales el juicio común pone a Vuestra Piedad—sonaran por todos los confines de la tierra” (9).

El Emperador también daba muestras de optimismo:

“Juzgamos ser lo mejor en tan grande y necesario asunto—le decía al Papa—que Vuestra Clemencia, que tiene en la tierra el lugar de nuestro Salvador Jesucristo, de cuya causa se trata, se alce, escriba a los reyes, envíe legados, exhorte a los Príncipes y ciudades a que se reúnan en un lugar, o por lo menos envíen sus representantes: ahora que el mal es reciente, no se duerman en remediar a la Cristianidad; hágase la paz, o por lo menos treguas entre los que profesan la misma fe, y juntas las fuerzas, lleven sus ejércitos contra los enemigos de la Cruz.

“Porque no tenemos ninguna duda de que si V. S. se entrega con toda el alma a tan piadosa y útil obra, muchos reyes y príncipes, en los que no se ha extinguido el celo por la casa de Dios y el ardor de la fe, se mostrarán sumisos de voluntad a vuestro mandato. Nós ciertamente, nada omitiremos para asistir y cooperar con Vuestra Piedad como conviene, según es obligación de mi cargo” (10).

Llamamiento a la Cruzada

Tal vez alentado por esas expresiones de confianza, o por lo menos para que no pareciera negligencia del Pontífice la desidia general, el Papa convoca a la Cruzada:

“En virtud de la profesión hecha al recibir el Bautismo, y del juramento prestado al recibir las insignias de su dignidad, a todos los Príncipes cristianos, ya sean Emperador, Rey, Reina, Duque o cualquier otra dignidad, exhortamos, requerimos y mandamos que acudan a la defensa de la religión y de la fe cristiana con sus bienes y personas, sabiendo que han de recibir los premios eternos de mano de Aquél cuya causa hemos de defender necesariamente para nuestra salvación, como quiera que ha llegado a tal extremo la necesidad que a nadie es lícito excusarse” (11).

“Mas, siendo necesario, para la prosecución de la santa empresa—dice en otra carta—que los reyes y los príncipes, y quienquiera tenga dominios en el pueblo cristiano, se hallen en paz y la observen, mandamos y ordenamos, por la autoridad de Dios, que en todo el orbe cristiano se conserve la paz general, de modo que los preladados reduzcan a la paz

a los discordantes; y si la paz no puede conseguirse completa, por lo menos se observen treguas inviolablemente; y si se negaren a consentir, obliguese a los particulares por la excomunión y a las ciudades por el entredicho” (12).

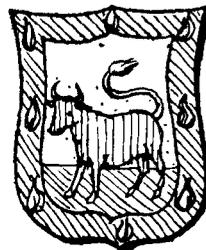
Nadie respondía a las incitaciones del Pontífice. Francia e Inglaterra no quisieron renunciar a la posibilidad de arruinarse una a otra. El Congreso de paz que reunió en Roma el Papa a finales de 1453 tampoco tuvo éxito: el Duque de Milán no pudo entenderse con Venecia, Florencia no podía ceder a las exigencias de Alfonso V de Nápoles. Y como punto culminante Venecia se presentaba excusándose de sus relaciones amistosas con los turcos. Y ya al año siguiente a la caída de Constantinopla, había firmado tratados de paz y amistad con la Sublime Puerta Venecia, Florencia y Génova.

La fertilidad de las Dietas imperiales

El Emperador pareció en un principio que iba a mostrarse digno de sus predecesores cruzados. Convocó una Dieta en Ratisbona para el día de San Jorge (23 de abril) de 1454, con el fin de preparar la expedición a Oriente, pero comenzó ya por no asistir él mismo “por temor a que los húngaros no perturbasen sus Estados” (13).

Los trabajos de la Dieta, a pesar del calor que puso en sus discursos el representante del Emperador Eneas Silvio, se redujeron casi exclusivamente a discutir la autoridad del Emperador. Su conclusión práctica fué que se reuniese otra Dieta en Francfort a finales de año; y reunida ésta, volvió a determinarse la reunión de otra en Neustadt, junto a Viena. Como afirmaba Eneas Silvio, no puede decirse que las Dietas Imperiales fueran estériles, puesto que siempre engendraban otra (14).

“Por aquí no hay ningún interés, ninguna solicitud—decía San Juan de Capistrano a Calixto III a propósito de la última Dieta—. Mucho ha trabajado con sus exhortaciones y discursos el Rvmo. Obispo de Pavía, grandes sudores ha derramado el reverendísimo Obispo de Siena; de mis trabajos y peligros callo. Desde Polonia, Bohemia, Moravia, Austria, Baviera, se han reunido en Ratisbona, luego en Francfort, y más tarde en Viena, en la Dieta de Neustadt, en presencia del Emperador: todo para concluir por fin que el presente año no se puede hacer nada. Dicen que quieren prepararse para la fiesta de la Ascensión del próximo año. ¡Ay, Padre Santísimo, cuántas almas cristianas sufrirán entre tanto persecución y peligro de condenación eterna!” (15).



(12) Ib., p. 601.

(13) Ib., t. XXIX p. 1.

(14) De la Dieta de Ratisbona dice E. Silvio en carta a Leonardo de Siena; “Si se puede decir la verdad, es excesiva la somnolencia entre los rectores de nuestro mundo. Todos obran o contra su obligación, o fuera de su obligación. Ya te supongo conocedor de lo que se ha tratado en Ratisbona, y con cuánta negligencia se ha hecho”. (Rayn. op. cit., t. XXIX, p. 1). De la Dieta de Francfort dice S. Juan de Capistrano en carta al Papa: “Aun cuando a muchos les parece que se ha hecho grandes cosas en la presente Dieta, a mí me parece que nada o poco de bueno se ha concluido”. (Annales minorum auctore L. Waddingo, t. XII, p. 236).

(15) Carta de S. Juan de Capistrano a Calixto III. Annales minorum, loc. cit., pág. 286.

(9) Ibid., p. 598.

(10) Ib.

(11) Ib., p. 600.

El fin de la caballería

Sin embargo, hubo un Estado que quiso hacer algo por la Cruzada. Y a fe que hizo algo ruidoso.

Siempre, en todas las edades de la Historia, suele vagar por el ambiente algún tema que viene a tener como el "derecho" a que todo el mundo más o menos lo conozca. Tal debía ocurrir, sin duda, en el siglo xv, respecto de la Corte de Borgoña: todo el mundo debía saber de sus festejos, justas y torneos, en los que se lucían lo mismo la capacidad gastronómica que el valor y el arrojo de la más encumbrada nobleza de la Cristiandad. Tuvo particular resonancia la fiesta que en 1451 se celebró para convocar a la Cruzada, inmediatamente después de recibirse la noticia de la caída de Constantinopla.

Se sucedieron banquetes, representaciones alusivas, músicas, etc. El rey de la fiesta fué un Faisán, al que todos los nobles hicieron el voto de Cruzada, después de oír las lamentaciones de la Iglesia que estaba representada por una dama sobre el castillo que cabalgaba sobre el lomo de un elefante llevado por un gigantesco moro. Al llegar al medio de la sala, la doncella manda parar, y dirigiéndose a los asistentes, les dice:

*Ay, ay, yo la más dolorosa,
la más triste, desagradable, aburrida,
la más desolada, fatigada, infeliz,
todos me miran y me ven,
mas nadie me reconoce:
se me deja en esta encrucijada
en tal languidez
que ningún alma viviente no ha tenido nunca tal dolor.
Tengo el corazón represado por la amargura y el rigor.
Mis ojos hundidos, pálido mi color.
Oíd mis plantas, vosotros todos, o desfallezco;
socorredme sin engaño.
Llorad mis males porque yo soy la Santa Iglesia.*

Y así la Iglesia, en 22 estrofas, pide el auxilio de los caballeros presentes. Al acabar la Iglesia su planto, se acerca al Duque un rey de armas del Toisón de Oro, acompañado de dos damas nobles, y le ofrece el faisán diciendo:

"Muy alto y muy poderoso Príncipe, y mi muy temido Señor: He aquí estas damas que humildemente se confían a Vos; y puesto que hay costumbre desde antiguo de que en las grandes fiestas y nobles asambleas se presente a los Príncipes, a los señores, a los nobles, el pavo o cualquier otra ave noble, para hacer votos válidos y útiles, me han enviado aquí con estas dos damiselas para presentaros este noble faisán, rogándoos que queráis tenerlas en vuestro recuerdo.."

"Dichas estas palabras — continúa el cronista — mi señor el Duque (que sabía con qué intención había hecho este banquete), miró a la Iglesia, y como compadeciéndose de ella, sacó de su seno un escrito que contenía el voto que hacía de socorrer a la Cristiandad." "Yo hago voto primeramente a Dios, mi creador, y a la gloriosa Virgen María su madre, y después a las damas y al faisán"...

Así comenzaba aquel documento para cuya lectura se había organizado la fiesta. Por supuesto que todo paró ahí, y nada práctico se hizo por la Cruzada (16).

(16) La relación de esta fiesta se halla en: Mémoires d'Olivier de la Marche, cap. 29-30, edic. Michaud-Poujolat serie 1., vol. III, págs. 478-93. Causa todavía mayor tristeza el cuadro descrito, si se considera que en el Duque de Borgoña tenían depositada su confianza con respecto a la Cruzada, las personas más serias de su época.

Eneas Silvio decía desde la Dieta de Ratisbona: "El único que me parece

Un Pontificado cruzado

El Pontificado de Calixto III, sucesor de Nicolás V, estuvo por completo dedicado a la Cruzada, todo él dirigido al cumplimiento de aquel solemne voto cuyo texto se encontró entre los papeles personales del Pontífice a su muerte:

"Yo, Calixto, Papa III, prometo y hago voto a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, a la Madre de Dios, siempre Virgen, a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y a toda la corte celestial, que, incluso hasta la efusión de mi propia sangre si necesario fuere, me esforzaré con toda diligencia posible, según el consejo de Nuestros Hermanos los Cardenales, en la recuperación de Constantinopla, que por los pecados de los hombres, ha sido ¡ay dolor! ocupada y destruída por el enemigo de nuestro Salvador crucificado Jesucristo, el hijo del Diablo y señor de los turcos, Mahomet" (17).

Conforme a este voto fué su actividad apostólica: Despertar a la Cristiandad, amenazada por un cataclismo, hacerles sentir la gravedad de la hora presente.

A Carlos VII de Francia, que se negaba a publicar la Bula de la Cruzada en sus estados, le amonestaba:

"Paternalmente te lo rogamos, hijo carísimo, por las entrañas misericordiosas de Dios: permite que se predique a tus súbditos y en tus reinos y dominios la santa cruz del Señor (18).

A Alfonso V le escribía:

"Bien sabe Dios, cuán espontáneamente nos ofreciéramos a la cautividad, si esto fuese suficiente para hacer cesar tanto estrago y oprobio de la fe ortodoxa. Esto es lo que continuamente intimamos a ti principalmente y a todos los cristianos" (19).

Y al Emperador le exhortaba de nuevo a la Cruzada:

"A ti recurrimos de nuevo, carísimo hijo, cuyo deber es subvenir a la santa religión cristiana, y como a quien tiene toda nuestra confianza, te exhortamos, y con nuestro mayor afecto te requerimos a que quieras excitar tu poder — porque ya insta el tiempo — y tomes el patrocinio de la causa de Dios, que siempre tuvo en tus progenitores el más firme apoyo" (20).

"Ya el tiempo insta — le decía al mismo rey de Nápoles — a que todos despierten, porque no nos encaramos con un hombre, sino con un enemigo inhumano, el demonio" (21).

Y volvía a insistir en la misma idea en carta a su referendario en la corte imperial:

digno de alabanza sobre todos es el Duque de Borgoña, que aunque estuviese en guerra con los ingleses, no quiso excusarse, no quiso faltar a la cosa pública, no quiso privar de su presencia aquella reunión que parecía tratar del bien común". (Rayn. t. XXIX, p. 1).

Nicolás V le llama "nuestro amado hijo, el noble varón Duque de Borgoña, príncipe de todas las virtudes, ilustre por su elegancia, poderoso por mar y tierra entre los príncipes católicos, atleta fortísimo e intrépido púgil de la fe cristiana..." (Rayn. t. XXIX, p. 14).

Y San Juan de Capistrano: "No te dejes contaminar por la negligencia de los príncipes; confía en el Señor, y tú solo, con tu potentísimo brazo, con tu audacia, irrumpe contra el malvado enemigo de Jesucristo; a ti, créeme, a ti te ha sido reservada desde todos los siglos, esta victoria memorable". (Annales minorum, t. XII, p. 250.)

(17) Raynaldo, t. XXIX, p. 13.

(18) Ib., p. 55.

(19) Ib., p. 60.

(20) Ib., p. 65.

(21) Ib., p. 60.

PLURA UT UNUM

"Ya ha llegado el tiempo, urge el instante, en que todos los cristianos, por la necesidad de su salvación, deben entregarse con todo ardor a esta obra divina" (22).

En algunos momentos parece que estemos oyendo palabras del Pontífice actual.

La Cruzada de Oración y Penitencia

Sin embargo, nadie se mueve; sólo el rey de Portugal y el Duque de Borgoña piden legados para la Cruzada, aunque sin fruto práctico. Y entonces el Papa se vuelve a Dios, refugio cierto de salvación, y publica una Bula mandando oraciones y ayunos al pueblo cristiano.

"Mas porque, como dice el Apóstol, a nosotros toca únicamente trabajar, y de sólo Dios es el dar incremento a nuestras acciones, vemos que nada se ha hecho con interesarnos por tan grandes obras, si no nos volvemos a Dios en el ayuno y en el llanto y en el gemido y en las oraciones, para que Dios vuelva a nosotros." (23).

Fué, sin duda, fruto de esas oraciones la victoria que las armas cristianas obtuvieron en Belgrado, acaudilladas por el noble Huniades, y enervorizadas por la pala-

(22) Ib., p. 65.
(23) Ib. p. 68.

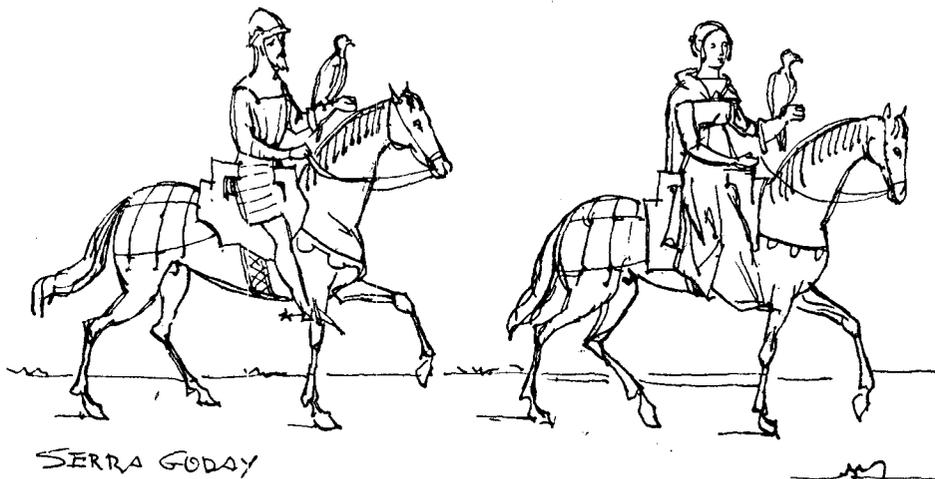
bra de San Juan de Capistrano, bajo la mirada del celoso legado papal el español Juan de Carvajal.

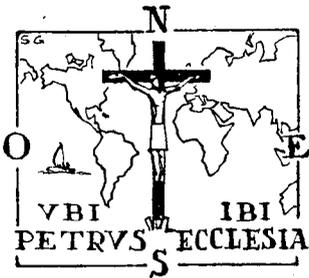
"Si no fuese por su increíble celo por el bien común — dice Eneas Silvio, refiriéndose a Calixto III —, ya la ferocidad de los turcos hubiese no sólo deshecho Hungría sino la misma Alemania. Y si los grandes ejércitos turcos han sido vencidos y humillados en Hungría, a nadie lo deben los cristianos después de Dios, más que al Papa Calixto; porque él fué el único que, en medio de la torpeza y del sopor de los pueblos cristianos, envió un legado a Hungría, prohibió a los húngaros hacer paces con los turcos, levantó los ánimos caídos, reunió tropas y persuadió el comienzo de aquella guerra en que por vez primera en nuestros tiempos, el señor de los turcos fué visto huyendo torpemente, y apareció la salud del pueblo cristiano" (24).

Y no se crea que esta victoria se alcanzó con abundancia de medios materiales. El rey de Hungría y toda la nobleza no quisieron intervenir. Los auxilios que esperaban de los príncipes cristianos no llegaron. Unos cuantos cruzados, sin armamento, reunidos por Capistrano y el Legado Carvajal, obtuvieron aquel triunfo resonante. Entre tanto la Cristiandad continuaba durmiendo.

PABLO LÓPEZ CASTELLOTE

(24) Ib., p. 116.





CRONICA RELIGIOSA MENSUAL

El Papa habla del Folklore. — Se restablece la Jerarquía católica en Noruega. — Se crea la Federación Mundial de las Congregaciones Marianas. Carta de Su Santidad el Papa. — Los católicos de Hispanoamérica protestan contra la propaganda protestante. — La situación del cardenal Mindszenty. — «Guerra y Paz» tema de la Semana Social de Francia. Carta de Mons. Montini, en nombre del Papa. — Una doble exigencia: fidelidad doctrinal y ascesis moral. — El Congreso de «La Cité Catholique», en Dijon.

EL PAPA HABLA DEL FOLKLORE

Grupos representantes de diversos países, que han asistido al Festival Internacional del Folklore, celebrado recientemente en Niza, acudieron a Roma para rendir homenaje de filial adhesión al Papa. Su Santidad, en audiencia concedida el 19 de julio a los mismos, pronunció un discurso en el que quedan precisados con exactitud maravillosa el sentido íntimo, a la vez que la profunda lección que encierra para los tiempos actuales, el folklore. Conocer el sentido es ya haber aprendido la lección. Su Santidad señala que «cuando algunos oyen hablar de folklore piensan en alguna supervivencia de tiempos viejos, dignos, sin duda, de ser valorados en ocasiones excepcionales, pero sin gran interés para la vida de hoy». Y añade: «Que tal idea está hoy muy extendida, denuncia una de las consecuencias más lamentables de la civilización de este siglo.» Dice el Papa que la sociedad moderna arranca al hombre de su medio natural para trasplantarlo a otras ciudades o expatriarlo. Le pone al servicio de vastos complejos industriales o de inmensas organizaciones. Pero al lado de la profesión y de sus exigencias, de las que constituyen manifestación evidente esos hechos, y aun por encima de ellas «hay, dice el Papa, otras actividades que ponen en juego los recursos personales del espíritu y del corazón, que exaltan los sentimientos profundos, aquellos que se relacionan con los sucesos más importantes de la existencia, como las alegrías y las tristezas que, con rítmica alternancia, se suceden en los episodios del trabajo. Estos sentimientos aspiran a exteriorizarse, a traducirse en el plano social». Es ahí precisamente, señala el Papa, donde el folklore adquiere su verdadero significado. «Los recuerdos íntimos de un pueblo se traducen con completa naturalidad en el conjunto de sus costumbres, de sus narraciones, de sus leyendas, juegos y procesiones, donde se desarrolla el esplendor de los trajes y la originalidad de los grupos y figuras». El Papa subraya que en los países cristianos o en los que lo fueron en otros tiempos, la fe religiosa y la vida popular forman una unidad comparable a la del alma y cuerpo. «En las regiones donde esta unidad se conserva, todavía el folklore no es, por tanto, una supervivencia curiosa de una época pasada, sino una manifestación de la vida actual, que reconoce lo que debe al pasado, procura continuarlo y adaptarlo inteligentemente a las nuevas situaciones».

Su Santidad precisa la misión del folklore y exhorta a los que se sienten movidos por el entusiasmo del mismo: «Vosotros podéis hacer penetrar todo el contenido de vuestro papel social: devolver a los hombres, saturados de diversiones, muy a menudo falsificadas y mecanizadas, el gusto por un entretenimiento rico en valores humanos, los más auténticos.»

SE RESTABLECE LA JERARQUIA CATÓLICA EN NORUEGA

Con ocasión de las fiestas del octavo centenario del establecimiento de la Jerarquía católica en Noruega, Su Santidad el Papa se ha dignado ordenar la erección de la diócesis de Oslo, para la cual ha nombrado a Monseñor Mangers, que hasta el presente desempeñaba las funciones de Vicario Apostólico de Noruega.

SE CREA LA FEDERACIÓN MUNDIAL DE LAS CONGREGACIONES MARIANAS CARTA DE SU SANTIDAD EL PAPA

Su Santidad el Papa ha expresado su satisfacción ante el proyecto de federar mundialmente las Congregaciones Marianas existentes en la actualidad. El Papa ha bendecido la nueva federación religiosa mundial y los propósitos del Congreso que el próximo año piensa celebrar aquélla en Roma en conmemoración de los cien años de haberse definido el Dogma de la Inmaculada y de los sesenta que se cumplirán desde la fecha en que el Sumo Pontífice felizmente reinante ingresó en la Congregación Mariana. En la carta dirigida al R. P. Luis Paulussen, presidente del Secretariado General de las Congregaciones Marianas, con dicho motivo, Pío XII alaba el propósito de las Congregaciones Marianas de constituirse en Federación mundial, «mediante la cual — dice — accediendo a nuestras asiduas exhortaciones de promover una unidad cada día mayor y colaborar en obras mutuas, logren más copiosos y saludables frutos en unión con todas las asociaciones de este género en la Iglesia militante.»

Su Santidad muestra en la misma carta su profundo agrado por el tema escogido, como objeto de las reuniones de estudio del aludido Congreso: «Procurar la mayor gloria de Dios por medio de una mayor selección, mayor unión con la Jerarquía y mayor colaboración de mutua ayuda con las demás asociaciones apostólicas», del que dice compendia en pocas palabras lo expuesto en la Constitución Apostólica «Bis saecularis».

LOS CATÓLICOS DE HISPANOAMÉRICA PROTESTAN CONTRA LA PROPAGANDA PROTESTANTE

Durante su jira por los países hispanoamericanos, el hermano del Presidente Eisenhower ha recibido quejas, contra la propaganda que los protestantes realizan en dichos países. En carta dirigida al efecto, trescientos católicos colombianos exponen que los sentimientos de su pueblo se hallan heridos por la propaganda de numerosas sectas protestantes apoyadas por agentes de los Estados Unidos, con peligro para la amistad de Colombia con Estados Unidos. Otro grupo de altas personalidades católicas ecuatorianas, entre las que figuran el Presidente del Tribunal Supremo y varios ministros y diputados, han dirigido un memorándum análogo al hermano del Presidente de los Estados Unidos.

LA SITUACIÓN DEL CARDENAL MINDSZENTY

Informaciones llegadas de Viena transmiten el rumor de que el nuevo dictador rojo de Hungría, Imre Nagy, tiene la intención de poner en libertad al cardenal Mindszenty, con «un gesto de acercamiento hacia el Occidente».

Comunican las agencias, por otra parte, que noticias que se reciben en los círculos católicos de Roma, dan cuenta de que el régimen comunista húngaro está suavizando el trato que se da al cardenal Mindszenty y a otros preladados encarcelados, en una serie de aparentes «acciones conciliatorias» hacia la Iglesia Católica. Las noticias no oficiales dicen que el cardenal ha sido trasladado desde su prisión a una «villa» y que se le ha prometido cuidadosa asistencia médica. Monseñor José Grossz, arzobispo de Colocz (Hungría), también encarcelado ha sido trasladado igualmente a una «villa».

«GUERRA Y PAZ» TEMA DE LA SEMANA SOCIAL DE FRANCIA. CARTA DE MONS. MONTINI, EN NOMBRE DEL PAPA.

Del 20 al 26 de julio ha celebrado sus sesiones la XL Semana Social de Francia. Por encargo especial de Su Santidad, monseñor Montini, substituto de la Secretaría de Estado del Vaticano ha dirigido a los seminaristas una carta, en la que se glosa el tema escogido, como objeto de estudio, «Guerra y Paz», y se transmiten las consignas y la bendición pontificias.

La actualidad del tema queda de manifiesto con las siguientes pala-

bras de la carta: «El examen de los problemas de la paz por hombres de fe, ciencia y acción es tanto más oportuno cuanto más turbados están los espíritus de hoy. Jamás la historia humana conoció tan gigantesca discordia. Esta disensión de dimensiones mundiales, invade la vida económica de los pueblos; se alimenta de luchas sociales y las sostiene; sus raíces son tanto de orden ideológico como económico; penetra en el seno de las familias y de las instituciones, y, a su ataque psicológico, se debilita la resistencia de las voluntades y se oscurecen las ideas».

«Ser apóstol de la paz.» Dice la carta: «Ser apóstol de la paz es, en primer término, «conocer y propagar» todo el pensamiento de la Iglesia sobre la paz. En especial desde la primera guerra mundial las enseñanzas pontificias en torno a la paz han ido multiplicándose.» La carta recuerda que, no obstante la severa lección de los acontecimientos, demasiados cristianos permanecen aún sordos a las advertencias pontificias, y que son numerosos los que no acaban de renunciar a su extraña inercia ni hacen caso de las repetidas llamadas del Padre Santo a la acción contra toda inacción y toda deserción en la gran batalla espiritual, donde está en juego la edificación, o mejor, el alma misma de la sociedad futura.»

Pletórica de sentido es la exhortación a los semanistas, extensiva a todos los cristianos, en esta encrucijada de confusiones que hace suspirar por las claridades de la paz verdadero: «Sabed escuchar a la Iglesia cuando, celosa de devolver a las naciones el sentido de su fraternidad humana, les traza los caminos de justicia y de verdad, de abnegación y de caridad que tienen su origen en Jesucristo, y fuera de los cuales no hay paz duradera. No dudéis ante la obra a que os invita la Iglesia. Es esta una obra eminentemente positiva y constructiva, basada en los sagrados derechos de la ley natural y divina. Una obra realista también; porque la experiencia debería convencer a todos de que «la política orientada hacia las verdades eternas y las leyes de Dios es la más real y la más concreta de las políticas. Los políticos realistas que piensan distintamente no producen más que ruinas.» (Radiomensaje de Navidad de 1945.)

UNA DOBLE EXIGENCIA: FIDELIDAD DOCTRINAL Y ASCESIS MORAL.

Al lado de la debida fidelidad a la voz de la Iglesia que nos marca las directrices de la paz mundial, está la necesidad de una ascesis moral en todos los cristianos y en orden a la paz: «sin dificultad conceden todos que la tensión del mundo repercute hasta en la vida personal de cada uno; ¿por qué funesta falta de lógica se rehusa buscar el remedio comenzando cada uno por sí mismo?», dice la carta. Que todos los discípulos de Cristo, añade, extiendan sobre el mundo una mirada pacífica y católica. Que fieles, a la normas del Maestro, profundicen en las exigencias de la caridad; que

mediten sus palabras y sus ejemplos sobre el amor a los enemigos y recuerden su gran lección sobre el perdón de las injurias.»

Las conclusiones de la Semana Social.

Al término de sus estudios y, como fruto de los mismos, la Semana ha redactado sus conclusiones. Son éstas diez y hacen referencia, principalmente, a las causas del actual desorden social, a la posición de los cristianos frente a la guerra y a su actitud concreta, como hombres de hoy, frente a diversos puntos de relevancia en el orden de las soluciones que se propugnan.

«La paz cristiana es de orden espiritual» afirma la primera de dichas conclusiones. Y hace notar que, en la medida en que esa paz, que es justicia y amor perfectos, vive en el corazón de los cristianos, hace irradiar una atmósfera de paz en el mundo, si bien exige al propio tiempo de los cristianos realizaciones en el plano temporal. «Si estel ideal inspira sus esfuerzos, los hombres están en condiciones de hallar las formas adaptadas a las condiciones de la vida presente.»

Supuesto lo que antecede, en la conclusión segunda se preconiza la necesidad de conocer «el contexto sociológico en que se inscriben las amenazas sobre la paz». Una revolución técnica sin precedentes ha subvertido las situaciones respectivas de los pueblos. Los problemas se agravan por las violentas oposiciones ideológicas. Así se ha llegado a la división del Mundo en dos grandes bloques, opuestos entre sí por sus respectivas ideologías y por las estructuras sociales y económicas divergentes. Estima de Semana Social de Francia que la reducción en la medida de lo posible de dichas oposiciones, constituye condición primordial para la existencia de una sociedad internacional pacificada. Y afirma que contribuirá a ello, la prioridad concedida sobre las ideologías a una búsqueda de soluciones respetuosas para con la persona humana y en correspondencia a las posibilidades y al temperamento de cada pueblo.

No somos pesimistas. Pero reconocemos que una vez situados en el terreno de lo que los hombres entienden por concreto — muy distinto de lo concreto y práctico de que nos habla Su Santidad — recuerdense sus palabras citadas arriba por monseñor Montini — las dificultades son grandes. Precisamente, sin duda, porque aun en lo concreto asoma la idea que informa todo el sistema. ¿Cómo hacer que los comunistas, en aras de una sociedad internacional pacificada, sacrifiquen las oposiciones en las que descansan toda su fuerza? De cara a los que manejan hoy los hilos de la política internacional, esta conclusión de la semana francesa puede interpretarse como un llamamiento a la sinceridad de los propósitos, pues no hay que olvidar que demasiadas veces se ha empleado el medio de echarle bocados a la fiera para amansarla. Si no es así, acaso parezca, a muchos, la conclusión ingenua en demasía.

Afirman las conclusiones que «to-

dos deben participar en un esfuerzo, y no sólo individual, sino colectivo, en el que los diversos grupos humanos tienen un cometido a realizar». Consecuentemente, «los Estados deben renunciar a las injustificadas pretensiones de soberanía absoluta, que, paradójicamente, se han desarrollado en el momento mismo en que se amplificaban los cambios económicos y cuando el mundo, a través de crisis violentas, busca su camino hacia la unidad».

La conclusión quinta define el ideal cristiano de la paz, que dice condena frente al antagonismo de los bloques la división misma del mundo, la resignación a la apresión de otros, las injusticias sociales; rechaza el neutralismo a todo precio como la impaciencia que se alentaría en la aventura de la guerra preventiva y el fatalismo que se resigna a la guerra considerada como inevitable; este ideal — continúa — exige que se empleen todos los recursos para favorecer una evolución hacia la verdadera paz — especialmente por un esfuerzo perseverante, con miras a establecer contactos políticos y normales — para acelerar el progreso social y ayudar a los países poco desarrollados.

Las restantes conclusiones hacen referencia a las bases de necesaria colaboración internacional para eliminar el desequilibrio económico existente entre unos y otros países, como peligro para la paz. En su conjunto, las conclusiones se nos aparecen afectadas de una innegable timidez, para vistas desde un ángulo de mira estrictamente católico. Para los observadores amantes de lo práctico y concreto — de lo que antes señalábamos se lleva ahora como práctico y concreto — han de resultar a modo de una exposición de principios, posiblemente vaga. Según decíamos a propósito de una de ellas, a nuestro ver, su valor radica en lo que tienen de llamada, de cara a los políticos mundiales, hacia la sinceridad en los propósitos.

EL CONGRESO DE «LA CITÉ CATHOLIQUE» EN DIJON.

«La formación doctrinal es la tarea más necesaria, en Francia, en el momento presente». Estas palabras de S. S. el Papa Pío XII, que aparecen a modo de lema en la portada de «Verbe», cuaderno de estudio de «La Cité Catholique», define la naturaleza y la finalidad de dicho grupo. Frente al confusionismo que entenebrece las mentes y desdibuja la visión de las actitudes certeras, la necesidad de una recta y sana orientación doctrinal se hace cada día más evidente. Toda acción eficaz de los católicos en cualquier plano del existir social debe afirmarse sobre la base de sólidos e incommovibles criterios. Sin esta indispensable premisa, no hay lugar a una acción y a un desdoblamiento de energías vigorosas en católico. «La Cité Catholique» encamina sus esfuerzos a la creación de tal premisa y justamente en Francia, en donde la existencia de la premisa

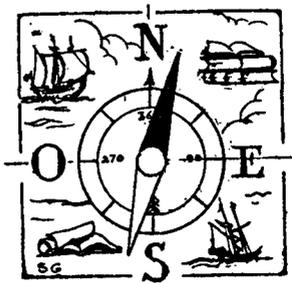
en cuestión se reclama con voces de apremio.

La leva de los que componen los grupos de la Cité Catholique se realiza principalmente a base de los ejercitantes, y en especial, de los que han practicado el método ascético de S. Ignacio de Loyola, bajo la dirección de los PP. Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey. «La Cité Catholique», por medio de sus círculos de estudio, supedita al ejercitante la formación doctrinal que necesariamente debe poseer para trabajar en las tareas del Reino de Cristo. Porque el advenimiento del

Reinado Social de Jesucristo supone, sí, la santificación particular de cada cristiano, pero al propio tiempo y necesariamente, exige la implantación en la vida política y social del cuerpo de doctrina contenido en las encíclicas pontificias. Anualmente «La Cité Catholique» celebra su Congreso Nacional. El del presente año ha tenido lugar en Dijon, los días 11 a 14 del pasado julio y se ha dedicado al estudio del tema: «La Realeza Social de Nuestro Señor Jesucristo o la Religión fundamento del orden social». La delegación enviada por CRISTIAN-

DAD al Congreso ha podido apreciar de cerca así el interés y la importancia de los temas desarrollados, como el creciente avance año a año de «La Cité Catholique» en la ruta hacia su objetivo, a cuya producción cooperan de consuno el entusiasmo de sus miembros y el equilibrio y la proporción del método empleado. CRISTIANIDAD formula sus sinceros votos en pro de ese avance tan provechoso para bien de la Iglesia y agradece profundamente el cordial recibimiento y las atenciones dispensadas a los miembros de su delegación.

HIMMANU-HEL



CRONICA POLITICA DEL MES

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Meditación en Washington - ¿Beria, «agente del imperialismo mundial»? «Donde dije digo, digo Diego» - Churchill y las negociaciones hispanonorteamericanas - Beria y el apaciguamiento - ¡Atención a Israel! - Nostalgia, en Francia, del Frente Popular... - Los mariscales rojos y el pacifismo. De Gasperi ha sido derrotado en el Parlamento

Del 1 al 10 de julio

MEDITACIÓN EN WASHINGTON

Han llegado a Washington los altos funcionarios británicos presididos por lord Salisbury, que desempeña interinamente la cartera de Asuntos Exteriores, para tomar parte en las conversaciones «oficiosas» entre los «tres grandes» occidentales. El tema inicial de dichas conversaciones parece ser el examen de los sucesos ocurridos en la Alemania oriental y el subsiguiente estado de inquietud allí existente, así como la conveniencia de celebrar una conferencia con la Unión Soviética.

La reunión de Washington, «al margen del protocolo», como ha subrayado Foster Dulles, parece ser una versión más templada y menos trascendente que la prevista anteriormente para las Bermudas. Y aunque, probablemente, el señor Churchill piensa todavía que el aplazamiento de la conferencia de las Bermudas es sólo provisional, nadie en Inglaterra se hace demasiadas ilusiones sobre una próxima entrevista entre los cuatro «grandes». De hecho, la obligada retirada del señor Eden y la «enfermedad» del jefe conservador, insinúan un cambio fundamental en la orientación de la política exterior británica. Nada más grave para el contenido substancial de dicha política que la teatral retirada del señor Churchill, cuando parecía estar muy próximo a conseguir uno de los puntos fundamentales de su programa electoral: el entendimiento directo con los dirigentes soviéticos.

Recuérdese la exigencia imperiosa con que pidió públicamente a Washington una nueva reunión es-

tilo Yalta; recuérdese su malhumor al adivinar ciertas resistencias en el ambiente oficial de la capital norteamericana; recuérdese, en fin, las intenciones que le prestaron algunos calificados informadores, asegurando que el jefe del Gobierno británico estaba dispuesto a acudir solo, por su cuenta y riesgo, a una entrevista con el máximo dirigente de Moscú.

Y de pronto, se produce en el escenario político un cambio fulminante. El personaje más destacado de la táctica de apaciguamiento y de entente con el comunismo se ve obligado, en un momento dado, a apartarse del Gobierno y a recluírse temporalmente hasta..., seguramente hasta que se haya precisado el sentido verdadero de la secreta lucha que tiene lugar en el Kremlin entre los sucesores de Stalin.

Por eso, tal vez, entre los hechos a examinar en Washington figuren en primer lugar — según una crónica de la United Press — «los recientes gestos rusos de aparente buena voluntad, las recientes revueltas del Berlín oriental y los signos de malestar en los países satélites de la URSS. A la vista de estos hechos — añade la crónica — se estudiará si, efectivamente, Moscú está cambiando o no su política hacia Occidente».

Según ello, por consiguiente, la reunión de Washington sería un compás de espera, un motivo de meditación sobre el presente sin ninguna resolución oficial sobre el futuro. Algo, como puede deducirse, muy distinto de lo que preconizaba y esperaba el señor Churchill. Todavía, ahora, se trata de establecer si la Unión Soviética «está cambiando o no su política hacia Occidente»...

¿BERIA, «AGENTE DEL IMPERIALISMO MUNDIAL»?

El presidium del Soviet Supremo ha destituido al judío Laurenti Beria de sus cargos de vicepresidente del Consejo y de ministro del Interior; al propio tiempo ha sido expulsado del partido comunista. El diario «Pravda» de Moscú le acusa de haberse «convertido en un burgués degenerado y en verdadero agente del imperialismo internacional». Por su parte, el comunicado oficial de la Comisión Central del partido comunista acusa a Beria de «intentar minar el Estado soviético en interés del capitalismo extranjero».

«¿Qué ocurre en Rusia?», se pregunta José María Massip. «¿Una nueva política o una nueva guerra civil? ¿Qué puede esperarse de los hombres que en Moscú se están destruyendo unos a otros? ¿Una mano tendida a Occidente o una agresión armada que distraiga al pueblo ruso de la crisis del Kremlin? ¿Qué representaba hasta ayer Beria? ¿El continuador o el desertor del legado de Stalin?»

Y prosigue el corresponsal: «Estas son las preguntas que se hace hoy la capital de Estados Unidos, asombrada ante el súbito dramatismo de la caída del poderoso Beria. La noticia es catalogada aquí como la más importante que viene de Rusia después de la desaparición de Stalin, y se espera que en las próximas semanas, a medida que vayan consolidándose las posiciones políticas de la «troika» que ha condenado a Beria: Malenkov, Molotov y el mariscal Bulganin, se verá con más claridad que hasta ahora la trayectoria internacional de la Unión Soviética.

ACTUALIDAD

»Un experto en asuntos soviéticos ha dicho esta tarde que la posición de Beria ahora, podía ser comparada a la de León Trotsky a la muerte de Lenin; es decir, que el comisario acusado hoy de traición por sus rivales políticos, representaba la intransigencia revolucionaria y doctrinal contra la continuidad posibilista que en aquellos años encarnaba Stalin, secretario general del partido comunista. La opinión es interesante, pero aquí se cree en este momento lo contrario, es decir, que la rectificación llevada a cabo en los últimos meses en Moscú era obra de Beria, que esta rectificación ha debilitado a la Unión Soviética y ha alentado la sacudida rebelde dentro de la «cortina de hierro» y que, en fin, al condenar a Beria acusándole de traición al pueblo ruso, el grupo Malenkov volverá automáticamente a la política agresiva de los tiempos de Stalin que fué, después de todo, la que formó el imperio soviético de la postguerra. El que una de las acusaciones formuladas contra Beria sea la de agente del capital extranjero, y el hecho de que hubiera sido Beria quien exoneró en abril al grupo de médicos acusados de complot contra la vida de los dirigentes soviéticos, parece abonar, en efecto, esta suposición.»

El punto de vista expresado por el «experto en asuntos soviéticos» creemos merece algo más que un simple interés. Conviene subrayar el paralelo que traza entre la lucha Malenkov-Beria y la Stalin-Trotsky, como signo elocuente de la existencia de dos tendencias opuestas en el seno del Kremlin, una de las cuales, la de Trotsky y Beria, representa la intransigencia revolucionaria de las jornadas de 1917 contra el posibilismo burocrático y nacionalista del fallecido dictador y de sus eventuales sucesores. Ahora bien, Stalin, por lo que podría deducirse, no solamente no consiguió eliminar en las sucesivas «purgas» que ordenó a sus tremendos adversarios, sino que llegó a colocar en un puesto de extraordinario poder — si se confirmara la referida hipótesis — a un caracterizado elemento trotskista.

Ahora bien, ¿quién habría detrás del trotskismo? La acusación que se hace contra Beria de «agente del imperialismo internacional» — más propia de entender en la hipótesis dicha —, supondría la existencia de unos dirigentes que no se encierran precisamente dentro del territorio soviético y cuyos tentáculos llegan a muchas naciones. Recordemos la intervención de destacados elementos situados en Norteamérica, principalmente, en la preparación de la revolución bolchevique. ¿Serán acaso los mismos o sus continuadores los que alentarían, dentro de esa hipótesis, la tentativa fracasada de Beria?

«DONDE DIJE DIGO, DIGO DIEGO»

Conferencia de Prensa en la Casa Blanca.

«Con característica impertinencia — escribe Augusto Assia —, un reportero le pregunta al Presidente si lo que primero había dicho so-

bre quema de libros en Darmouth y lo que luego dijo sobre el mismo tema en la última conferencia de Prensa no podría describirse con la frase: «Donde dije digo, no dije digo, que dije Diego.»

»La contenida ira saltándole de los labios y los ojos, el general Eisenhower imprecó al reportero: «¿Quiere usted repetir la pregunta?»...

»Sin inmutarse, el reportero repitió la pregunta, lenta y deliberadamente, palabra por palabra. Al final de la repetición, el Presidente negó que hubiera pronunciado las palabras que el reportero le atribuía. Entonces el reportero sacó un papel y leyó las palabras del Presidente en el extracto del discurso, ante lo cual el Presidente respondió por fin: «Si yo he dicho eso, desde luego no lo sostengo ahora.»

¡Y todos tan tranquilos! Así va el mundo...

CHURCHILL Y LAS NEGOCIACIONES HISPANONORTEAMERICANAS

De un editorial de «Arriba» titulado «Castillo de naipes en Gibraltar»:

«Mister Churchill estaba dispuesto a hacer el viaje a las Bermudas como lo hizo a Washington, para sabotear las conversaciones hispanonorteamericanas. A Inglaterra y a su fiel seguidora, Francia, les molesta tanto que la defensa de Europa quede asegurada por un anticomunismo auténtico como el español, que de modo ya endémico se distraen de sus propios problemas para mezclarse, interferirlas e intentar anular negociaciones de países soberanos.»

¿Tendrá esa alusión alguna relación directa con la marcha de las negociaciones a que se hace referencia?

Del 11 al 20 de julio

BERIA Y EL APACIGUAMIENTO

Comentando la destitución de Beria, Augusto Assia escribe desde Nueva York:

«Si entre la catarata de noticias que la destitución de Beria lanza hoy aquí sobre los teletipos, hay alguna cuyo contenido ofrezca más garantías que el de las otras, la más verosímil parece ser una según la cual el número dos del Kremlin fué detenido el 27 de junio, cuando el sol comenzaba a ponerse tras las cobrizas cúpulas moscovitas. Aquel día y a aquella hora las calles de Moscú se vieron repentinamente cruzadas por patrullas de tanques ligeros, mientras otra serie de inusitadas precauciones militares agitaban la en apariencia tranquila atmósfera. Poco después, la misma noche, todos los jefes del Kremlin, desde Malenkov a Kaganovich, pasando por Molotov, Bulganin, Voroichilov, etc., comparecían en el palco real del Teatro Bolshoi, donde era representada la ópera «Los decembristas.»

«¡Ah! Ahora me explico las precauciones de esta tarde», se dijo a sí mismo cada uno de los cuatro

corresponsales extranjeros que todavía quedan en Moscú, desechando la sintomática ausencia de Beria con la suposición de que el número dos se hallaba probablemente en Berlín, reclamado por los acontecimientos.

»La comparecencia de la plana mayor del bolchevismo en la Ópera era el último acto del melodrama que habían estado representando todo el día con la reunión en que primero condenaron a su camarada y después le detuvieron. Según noticias también relativamente fidedignas, en una y otra acción Malenkov le ganó a Beria sólo por unas horas. Al parecer, el número dos tenía todo planeado para detener y condenar al número uno en un golpe de mano policíaco.»

¿Cuáles serán las consecuencias de la destitución de Beria?

Según Assia, «aquí unos interpretan que la desaparición de Beria puede darle marcha atrás al apaciguamiento soviético. Otros, por el contrario, sostienen que lo acelerará, alegando que los más significativos acontecimientos del apaciguamiento, cual la suavización de las represalias en Alemania o la reversión política en Hungría, han tenido lugar después de la muerte de Beria. Unos dicen que era Beria el propulsor de la amistad hacia el Occidente. Otros, que es Malenkov...»

»Un periódico dice que los tres ministros de Asuntos Exteriores coinciden en que la desaparición de Beria es susceptible de reforzar la intolerancia soviética. Otro periódico dice que, según los tres ministros puede esperarse una aceleración del apaciguamiento.»

¿Qué versión es la más verosímil? ¿Hasta qué punto el Occidente democrático esperaba el «golpe de Estado» de Beria? Lo cierto es que de esta gravísima crisis por que atraviesa la URSS existe un desconocimiento oficial por parte de los dirigentes occidentales tan completo, en cuanto a los hechos y en cuanto a sus consecuencias, que se diría que los gobernantes están también dominados por el caos y la confusión que parecen las notas características de la actual situación mundial.

¡ATENCIÓN A ISRAEL!

Israel ha decidido en estos días, primero, trasladar el Ministerio de Asuntos Exteriores de Tel Aviv a Jerusalén, y, segundo, reanudar sus relaciones con la Unión Soviética.

La primera decisión supone un atentado directo contra el mundo católico que se ha opuesto siempre a la entrega de la Ciudad Santa a los judíos, y un desprecio total contra el acuerdo de las Naciones Unidas que han impuesto la internacionalización de Jerusalén. Francia, la primera, se ha negado a trasladar su embajada, pero, ¿hasta cuándo mantendrá esta actitud? ¿Hasta que la ONU vuelva de su acuerdo y entregue Jerusalén a los judíos...?

En cuanto a la reanudación de las relaciones diplomáticas con la URSS, Radio Moscú ha publicado las notas entrecruzadas por los dos Gobiernos a este respecto, de las

EL CASO DE LOS ROSENBERG

Con este título el periódico The Standard, de Dublín, en su edición del 10 de julio del presente año, ha publicado un interesante artículo que para conocimiento de nuestros lectores traducimos a continuación.

Los Rosenberg han sido ejecutados a pesar de los esfuerzos hechos por su defensor, M. Bloch, que recurrió a todos los medios legales para salvar a sus clientes, de la campaña de la Prensa lanzada por los comunistas y sus «fellow-travellers» y de la intervención de algunas personalidades independientes.

Abba Sylver, la persona de mayor autoridad judía en los EE. UU., podía tal vez haberles salvado si hubiese pedido misericordia al Presidente Eisenhower, pero el Rabbi Supremo (Chief Rabbi) rehusó intervenir en su favor.

A mi entender el caso de los Rosenberg es un aspecto del conflicto entre clericalismo judío y anticlericalismo judío. Los Rosenberg han pagado por Pontecorvo, Fuchs y otros espías atómicos de los judíos «enlightened», secularismo que hallaron en el comunismo una nueva religión.

Laicismo y Judaísmo

Hubo un tiempo en que el comunismo era para el *observador mediano* un subproducto de la fe judía, pero desde que Stalin colocó al Judaísmo al mismo nivel de las otras religiones, los judíos han tenido que escoger entre la salvación del mundo por Jehová y su pueblo escogido y la «liberación» de la humanidad por medio de una revolución mundial, revolución que a su vez destruiría al Templo y también a la Iglesia.

Fué principalmente por su adhesión a esta última herejía que Julio y Ethel Rosenberg fueron sentenciados a muerte.

Antes de sentenciar, a los Rosenberg, el Juez Kaufman consultó al Rabbi de su Comunidad. Los norteamericanos no intervinieron en este asunto. Respetuosos a la libertad de religiones, dejaron que los judíos arreglaran sus propias diferencias. El fiscal, el defensor, el juez, los acusados y los principales testigos eran todos judíos.

El Kremlin podía probablemente haber salvado a los Rosenberg parando su acción antisionista, pero aunque los médicos judíos acusados de haber asesinado a miembros principales del Politburó, *estaban blanqueados*, aun no se permite a los judíos salir de Rusia, el «paraíso» que tanto hicieron para crear, las relaciones entre Israel y Rusia se han reanudado y el escritor judío Ilya Ehrenburg, rehusa aún ahora reconocer su herejía.

En tanto que los soviets rehusen a los rusos judíos el derecho de permanecer fieles al Talmud los judíos norteamericanos no serán comunistas.

El poderoso átomo

Mucha gente en Norteamérica y en otras partes creen que el Gobierno Norteamericano abandonó su misión y prerrogativas permitiendo que un grupo religioso sea el único juez a quien importe la seguridad de la nación americana y del mundo occidental. Pero para rehusar este privilegio a los judíos Washington había de haberles privado de la fuente de su poder: la bomba atómica. Einstein, Oppenheimer, Robenbruck (alias Pontecorvo), Einstein (alias Fuchs) dieron a la U.S.A. su terrible arma, que los científicos alemanes fracasaron en su perfeccionamiento o rehusaron ofrecer a Hitler. Franklin Roosevelt les concedió el monopolio de la investigación considerando el poder atómico, porque sabía que el odio que estos científicos sentían por los enemigos de su raza les estimularía hasta el éxito. Roosevelt se equivocó sólo en parte. Los científicos judíos crearon la bomba atómica pero fracasaron en cuanto no la tuvieron a punto para bombardear Alemania, que era su principal objetivo.

Entonces, como aquellos que traicionaron América y permitieron que Rusia produjera la bomba atómica eran todos judíos, su acción vergonzosa favoreció el antisemitismo norteamericano y el Presidente Truman permitió que los judíos probaran su patriotismo americano sentenciando a muerte a los Rosenberg.

Podrá decirse tal vez que los Rosenberg son una excusa y que uno de sus principales traidores — Einstein (alias Fuchs) — sólo hace diez años y el otro — Robenbruck (alias Pontecorvo) — se le permitió huir a Rusia.

El caso de los Rosenberg presenta otro aspecto al observador imparcial... toda la Prensa europea de izquierda intervino a favor de los Rosenberg, y después de su ejecución publicaron muchos amargos artículos acusando a los norteamericanos de falta de clemencia, de injusticia palurda, de emplear métodos bárbaros y de otros mucho crímenes. El procomunista Juan Pablo Sartre, publicó en el periódico francés «Liberation» el más calumniador y loco de los artículos contra los EE. UU., en que pedía a la nación francesa que cortara los lazos que la unen a los norteamericanos, los cuales sufren de hidrofobia.

Al mismo tiempo muchas personalidades, incluyendo a católicos como Mauriac — cuyo corazón siempre late por los de la izquierda y que durante la guerra civil española, escribió y habló en favor de los rojos que habían asesinado 16.000 sacerdotes y habían quemado y saqueado las iglesias — envió cartas al Presidente Eisenhower, pidiéndole que hiciera uso de sus prerrogativas de clemencia en favor de los Rosenberg.

Una ejecución que contrasta

La misma Prensa se alegró cuando miles de los buenos franceses fueron ejecutados legal o ilegalmente. La Asociación de Nuestra Señora de la Merced, creada por el Abate Desgranges para la ayuda de prisioneros políticos, afirma que por lo menos 123.000 franceses fueron asesinados entre 1944 y 1945 por los comunistas y por sus «fellow-travellers», antes, durante y «después de la liberación». Esta misma gente callaba o *aullaba como los lobos*.

También guardaron silencio cuando en 2 de junio pasado dos jóvenes franceses, Lucien Dehan y Juan Guilbeau, ex-miembros de la milicia creada por el gobierno de Vichy para luchar contra el terrorismo comunista que incendiaba todas las cosechas, destruía maquinaria agrícola, saqueaba granjas, asesinaba contrarios políticos, que ellos motejaban de colaboradores, etc., fueron ejecutados por un pelotón. Fueron arrestados y encarcelados en 1941 y aherrojados durante tres años.

Uno puede imaginarse la agonía soportada por estos dos jóvenes, encadenados cual bestias salvajes durante largos años sin saber iban a vivir o a morir al día siguiente.

Es cierto que los Rosenberg deben de haber soportado los mismos sufrimientos morales, pero, al menos, no padecieron los terribles sufrimientos físicos que soportaron los jóvenes franceses durante tres años, que llevaron noche y día pesadas cadenas.

Justicia norteamericana

¿Cómo pueden esos que en Francia son responsables de tales métodos criticar la justicia norteamericana?

A los Rosenberg se les dió toda clase de garantías legales. Se les encontró culpables de traición por un jurado de doce jueces sin prejuicios; tenían derecho a protestar de los jueces o testigos, la causa duró desde el 6 al 29 de marzo de 1951; los derechos a defenderse fueron respetados. Durante más de dos años los Rosenberg pudieron usar de todos los medios de defensa previstos por la ley americana.

Lucien Dehan y Jean Gibeau que no eran traidores, sino soldados, ya que pertenecían a la milicia creada por un gobierno legal fueron arrestados en virtud de una ley retroactiva y sentenciados por un juez y un jurado de cuatro personas. No se les permitió apelar salvo para pedir clemencia. Por lo tanto se les tuvo en cadenas durante tres años para dar gusto a sus enemigos políticos. Ambos eran fervientes católicos.

El Cardenal Feltin y otros Prelados franceses hicieron una petición en favor de ellos pero no se levantó ninguna voz internacional.

que se deduce que fué Israel, por medio de su ministro de Asuntos Exteriores, Moshe Sharett, quien se dirigió el 6 de julio a Moscú pidiendo el intercambio de representantes acreditados, después de presentar sus excusas por el atentado cometido contra la legación soviética en Tel Aviv. Molotov, en su respuesta, afirma que la Unión Soviética tomó

muy en cuenta la seguridad dada por Israel de que «no participará en acuerdos ni alianzas con fines agresivos contra la Unión Soviética».

No deja de sorprender la coincidencia entre el acuerdo Moscú-Tel Aviv con la conjuración y sucesiva detención de Beria. ¿Esperaban también en Israel algún cambio substancial en el Kremlin? ¿Es-

peculaban algunos judíos con la posibilidad de que el judío Beria impusiera su dictadura sobre los pueblos dominados por el comunismo? De todos modos, es digno de tener en cuenta la posición oficial «neutralista» adoptada por el sionismo entre los bloques democrático y soviético. ¿Esperan, tal vez, conseguir alguna ganancia trascendental en el

ACTUALIDAD

caso de que entre ambos bloques estallase la guerra?

NOSTALGIA, EN FRANCIA, DEL FRENTE POPULAR...

14 de julio en París. Conmemoración del «asalto» y toma de la Bastilla. El recuerdo de tan «glorioso» como «heroico» acontecimiento ha merecido dos actos de celebración paralelos. El oficial, en los Campos Elíseos, con un desfile de lo que queda del ejército de Francia. El comunista, con una manifestación que ha recorrido el trayecto de la plaza de la Bastilla a la plaza de la Nación.

En la víspera del aniversario, «L'Humanité» ha publicado un escrito de Marcel Cachin, titulado «Tous unis pour la défense des libertés», en el que dice:

«Ha llegado la hora de luchar contra la reacción y el fascismo renaciente. ¡No es suficiente que deploremos una política vergonzosamente retrógrada! Es el mismo pueblo, las «fuerzas profundas» de la nación, lo que han de intervenir. Y mañana el pueblo de París afirmará ante los dueños provisionales del poder su voluntad de combatir eficazmente por un cambio total de política, es decir, por la consecución de la unión y por la actuación gracias a esa unión...

«Era el tiempo en que Laval quería, también él, imponer a nuestro pueblo los decretos-ley, los decretos de la miseria y de la esclavitud como los de Laniel-Reynaud de ahora... Ninguno de los que asistieron al 14 de julio de 1935 puede olvidar el espectáculo que ofrecieron los republicanos, entonces unidos, en el mismo recorrido de la Bastilla a la Nación. Fue un espléndido despertar nacional y democrático... Un inmenso grito unánime: «¡El fascismo no pasará!» Fue una jornada de acción entusiasta del «Frente Popular», del que nuestro pueblo siente la nostalgia».

Estas palabras del órgano del partido comunista francés constituían una clara advertencia a la acción. Pero algo debía faltar para poner en marcha el movimiento que habría de desembocar en la caída del gobierno de Laniel y en la formación de un nuevo Frente Popular. Los sangrientos sucesos ocurridos el día 14 en la plaza de la Nación — siete muertos y más de cien heridos — constituyeron, quizás, la señal más clara de que las fuerzas progresistas estaban en marcha para alcanzar sus objetivos. ¿Cómo responderán las «fuerzas profundas», liberales y francmasónicas que dirigen la escena política francesa?

Del 21 al 31 de julio

LOS MARISCALES ROJOS Y EL PACIFISMO

Una crónica fechada en Londres del servicio Efe-United Press, dice

que «los funcionarios británicos descubren síntomas de recrudescimiento en la propaganda exterior de Rusia y la reaparición, en los últimos días, de inquietantes «slogans» antioccidentales sacados del ya usado arsenal comunista de la guerra fría. Aun continúa en la Prensa soviética el tema de la paz y las radios rojas siguen afirmando la «posibilidad de coexistencia» del comunismo y el sistema capitalista. Pero la línea de «política más suave» parece emborronarse un poco cada día con llamadas a la vigilancia contra los designios imperialistas y acusan a los capitalistas de asedio y de planes para una nueva guerra. Como siempre, los Estados Unidos son los más señalados por este trato hostil. El Foreign Office sigue creyendo que la caída de Beria no ha producido un cambio en la política «amistosa» que viene siguiendo el Kremlin desde la muerte de Stalin, pero lo cierto es que sus expertos no ignoran la reaparición de las líneas de propaganda que se empleaban antes que el dictador rojo desapareciera.

«Algunos — añade la información — creen que se trata solamente de un intento de distraer la atención en el interior... Otros temen que se trate de algo más definitivo y venga a ser una sentencia de muerte para la proyectada reunión de las cuatro potencias.»

Si la versión más probable señalada en esta crónica fuera cierta, constituiría un indicio de que la eliminación de Laurenti Beria representa un golpe muy grave contra los proyectos occidentales, ya que en Beria, posiblemente, se concentrarían todas las esperanzas de apaciguamiento de las grandes potencias democráticas.

Sin embargo, según Miquelarena, «para sir Winston, al parecer, la lucha por el mando en Moscú ha terminado en favor de Malenkov, con el apoyo de los mariscales, y la nueva Rusia — la segunda o tercera «nueva Rusia» — necesita estos momentos para trabajar por el alza del nivel de vida de aquel pueblo, reduciendo sus gastos militares y cortando sus suministros de material bélico a China y a los ejércitos de los países satélites. Es, pues, según Churchill, el momento más propicio».

Pero, ¿es sincero el señor Churchill? ¿Hasta qué punto la presencia de los mariscales soviéticos en el Kremlin supondría el inicio de un período pacifista? Convengamos, por lo menos, que tal resultado no dejaría de constituir una auténtica sorpresa...

ARMISTICIO EN COREA

«El armisticio de Corea fue firmado en Panmunjon a las diez horas y un minuto de la mañana del domingo (26 de julio)... El preámbulo del acuerdo, de 12.000 pala-

bras, dice que el Mando militar de las Naciones Unidas y el comunista, «en interés de la detención del conflicto coreano, con sus sufrimientos y derramamiento de sangre para las dos partes, y con el objetivo de establecer un armisticio que asegure el completo cese de las hostilidades y de todos los actos de fuerza armada en Corea hasta el logro de una solución pacífica definitiva, acuerdan individual, colectiva y mutuamente aceptar las condiciones y términos del armisticio, y obligarse a regirse por ellas».

Según Augusto Assia, «en un telegrama de felicitación que, «por la victoria lograda», Malenkov, del que aquí se dice que está de hecho prisionero del Ejército soviético, ha dirigido al dictador norcoreano, general Il Sung, es puesta de manifiesto una extraña identificación de propósitos entre Rusia y Norteamérica respecto a Corea. «Rusia — dice Malenkov a Il Sung — está dispuesta a apoyarle a usted para conseguir la independencia y la reunificación de Corea.» Lo mismo que Eisenhower le ha prometido a Rhee. Lo mismo, pero al revés».

¿Cómo acabará el armisticio coreano? No deja de sorprender el hecho de que los norteamericanos hayan autorizado a los chinos y norcoreanos construir aeródromos militares durante la tregua. ¿Será para preparar mejor la paz?

DE GASPERI HA SIDO DERROTADO EN EL PARLAMENTO

«Si Alcide de Gasperi no obtiene el próximo martes los votos que necesita para superar la oposición — escribe «Arriba» — veremos ponerse el sol de la democracia cristiana de este sistema».

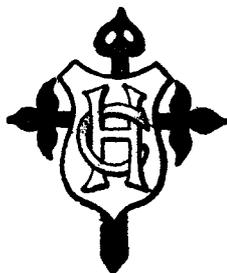
Y añade más adelante: «La democracia alemana — como la italiana — va a sucumbir a manos de los socialistas, sus aliados eventuales mientras les convino desviar el anticomunismo hacia estas formaciones estériles e incapaces de servir de dique. Ya que no otra cosa, el socialismo ha venido sirviendo para mantener la ficción de una democracia cristiana «anticomunista», imposibilitando la aparición y el desarrollo de partidos anticomunistas auténticos».

La votación de la Cámara de Diputados en la sesión en que De Gasperi se ha presentado con su nuevo gobierno, ha sido adversa. Sólo votaron a favor de la democracia cristiana 263 miembros del partido; 282 diputados votaron en contra. «De Gasperi, con aspecto fatigado, después de la votación en que fue derrotado anunció que marcharía inmediatamente a presentar la dimisión al presidente de la República, Einaudi».

¿Se cumplirán los vaticinios de «Arriba»?

SHEHAR YASHUB

CON CENSURA ECLESIASTICA



HOTEL COMPOSTELA
PRIMER ORDEN

✦
SANTIAGO DE COMPOSTELA

INGLES FRANCES

Lecciones en casa y domicilio
Traducciones-Correspondencia

ENSEÑANZA RAPIDA PARA EXAMENES

Adrián de Gispert Serra

Lauria, 89, 3.º, 2.º Tel. 28 43 58 BARCELONA

Federico Bernadà Roca

Agente Comercial Colegiado

Valencia, 347 - BARCELONA - Tel. 37 60 82

—
Gestiona: Suscripción y adquisición de revistas
y libros católicos, toda clase de trabajos
de imprenta y encuadernaciones,
cobro de recibos

LECTOR

*Varios padres misioneros españoles,
que en las lejanas tierras de la India
han conocido nuestra Revista, son
grandes entusiastas de CRISTIANDAD
¿Quieres costear su suscripción?*

Telefona al n.º 22 24 46 y se te dará el nombre
de tu favorecido

Nos quedan unos pocos ejemplares de nuestra SEPARATA de

“Documentos Pontificios de 1952”

Si le interesa alguno, diríjase o llame por teléfono
a nuestra Administración

PRECIO:

Colección encuadernada. 65'— Ptas.
Sin encuadernar 55'— »

Telefoneando al n.º 22 24 46, le serán servidos los pedidos
en su propio domicilio y si además deseara encuadernar
su colección también pasaríamos a recogerla

C R I S T I A N D A D

Diputación, 302, 2.º, 1.ª

Siempre lo mejor en estilográficas

PARKER "51" y "21"
WATERMAN'S
SHEAFFER'S
EVERSHARP
MONTBLANC
SUPER T
ETC.
COMPLETA
GARANTIA



...y además
el TALLER de
REPARACIONES
MEJOR EQUIPADO
DE ESPAÑA

*Central de la
Estilográfica*

Puertaferriosa, 17
Teléfono 31 43 86

Calle Archs, 1 y 3
Teléfono 22 56 41

BARCELONA



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas



Marca Registrada

EDUARDO PUIG

REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional
especializada en esta industria

ILUMINACION

Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. José Antonio, 431

Teléfono 24 31 28

BARCELONA

Gran Licor CALISAY



Destilerías Mollfuleda

S. A.



El licor de oro